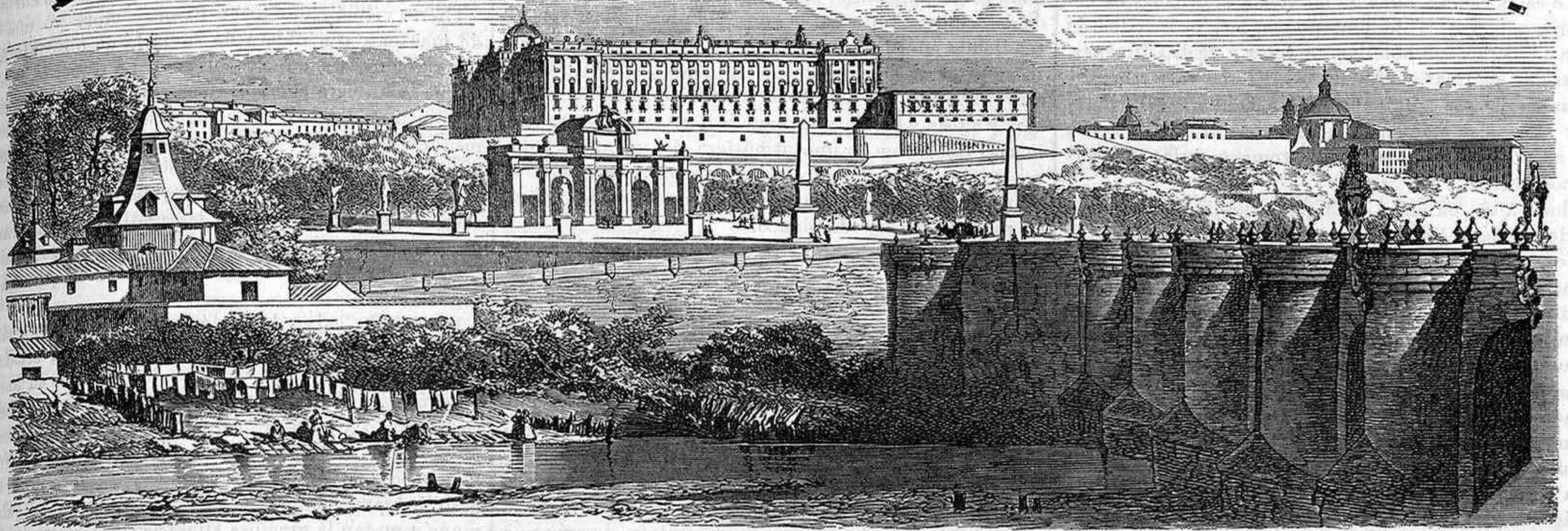


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE DICIEMBRE DE 1871.

NÚM. 48.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Florez.—Costumbres del siglo xvii (conclusion), por D. Julio Monreal.—¡Pavos! ¡Pavos! Fantasia de Noche-Buena, por Ahriman.—Rodela de Carlos V, por X.—Los principes de Gales, por X.—La Noche-Buena del cesante (poesia), por D. Peregrin Garcia Cadena.—El Jordán, el árbol de Abraham y la mezquita de Omár, por X.—La Noche-Buena del poeta, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—Mr. Thonissen y el Sr. Cánovas del Castillo, por X.—No hay deuda que no se pague... (continuacion), por D. Alvaro Romea.

GRABADOS.—Rodela del emperador Carlos V, de una fotografia del Sr. Laurent.—Los principes de Gales, dibujo de D. A. Perea.—Exposicion de Bellas Artes. Seccion de escultura. Un joven griego dando gracias á Júpiter por su triunfo en las corridas olimpicas, estatua de D. José Simon Almeida, fotografia del Sr. Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Costumbres populares de Madrid. La Plaza Mayor en la Noche-Buena, dibujo de D. F. Pradilla.—Árbol de Abraham, dibujo de D. F. Pradilla.—El Jordán, dibujo de don F. Pradilla.—Mezquita de Omár, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Psicología comparada, dibujo de D. J. L. Pellicer.

ECOS.

¡Qué dias tan tristes son estos alegres dias rispera de Noche-Buena! El cielo parece de plomo; la tierra está encharcada y fangosa; el agua se ha helado en los estanques y en los rios; la escarcha ha tornado cristal el barro de las tejas; los árboles se han cubierto de una corteza de plata y se han vestido de hojas de vidrio; el aire corta,

y un no sé qué de tristeza indefinible que hiela más que la escarcha y el frio, una niebla formada de átomos de tédio y de melancolía llena la atmósfera. Estos dias sin sol tienen ménos luz que las noches de luna, en que los cuerpos hacen sombra y se destacan visibles sobre un fondo claro y limpio. Los que van por la calle en esos dias se dibujan con variables contornos entre la niebla;

andan con ese andar indeciso de las fantasmas; toman el mismo color gris oscuro y se mueven y cruzan y pasan con una uniformidad que nos entristece. ¡Maldita niebla! ¡Creemos á veces que aquel señor está aún á diez metros de nosotros y hé aquí que hemos dado uno en otro de narices! ¡Maldita niebla, nadie abre el paraguas porque no llueve y entra uno chorreando en casa! ¡Mal-

dita niebla que no nos deja ver ni el sol, ni el cielo, ni la cara de las transeuntes bonitas! Pero, no importa que nieve, ó que llovizne, ó que la niebla lo envuelva todo en sus tristes medias sombras: no vereis en esos dias caras que revelen pena, sino rostros iluminados por la alegría. ¡Qué animacion hay en las calles! ¡Qué afanosa, qué ruidosamente cruza la muchedumbre! ¡Parece que las fiestas de Baco de los gentiles han sido reemplazadas por las fiestas del turrón y del mazapan, entre los cristianos! No es posible andar sin caer en medio de una banda de pavos que avanzan majestuosamente á un fin prematuro y aciago. Allí viene uno de ellos más gallardo y robusto que los demás. ¡Alto, pavero! ¡dame ese infelice! El pavero coge al animalito por las alas y os lo muestra con la misma satisfaccion y arrogancia que Venus, siguiendo igual procedimiento, enseñaba Cupido á los dioses; triste pavo: su cresta y su barba rojas, estremecidas; sus redondos ojos en que se pintan ya imágenes de sombríos presentimientos; su severo plumaje que agita con siniestro aleteo; todo in-



RODELA DEL EMPERADOR CARLOS V.

duce á piedad y todo conmueve... ¡Deteneos! ¡Ese pobre animal siente como nosotros, tiene también familia... esposa... hijos... ama la vida y teme la muerte...! ¡Inútil suplicar! Por cincuenta reales os le lleváis á casa con el laudable objeto de rellenarlo el vientre de jamon y tocino... ¡que tal ha sido siempre el fin del pavo! Y los mozos se cruzan en la calle llevando castillos de pasta de almendra sábiamente fabricados por esos arquitectos en dulce que se llaman confiteros; ó cajas con anguilas de mazapan, adornadas de cocareros y elefantes de pintado azúcar; ó barriles de ostras; ó cestas con botellas de Jerez y Pedro Jimenez, ó latas de sardinas y pimientos... El año va á morir, y á manera de esos criminales empedernidos que al marchar al cadalso sienten que se les abre el apetito, echa una copa en todas las tabernas y toma un dulce en todas las confiterías.

Gloria á tí, ¡oh musa de la gastronomía! Deja á poetas desgredados llenar con sus estrofas melancólicas el vacío de tristeza del corazón humano y reina en las horas de alegría del hombre. Pronto rayará la aurora de un nuevo año... ¡quién sabe lo que nos espera?... ayer éramos desgraciados, mañana, sin duda, volveremos á serlo; olvidémoslo todo, y pues el gobierno nos anticipa la paga, vé á la Plaza Mayor, compra capones, turrón, perada, manzanilla, pajarete y algunas libras de fieras de mazapan, y celebremos el feliz aniversario del nacimiento del Dios de tierra y cielo.—Y entra de paso en casa del médico y dile que se venga mañana, que habrá indigestión en la familia y que tendremos retortijones de sopa de almendra y jaqueca de rabeles y chicharras.

Noche Buena y Navidad, gastronómicamente consideradas, es decir, bajo su aspecto más característico, representan el delirio, la locura: el caos. Llenamos las despensas y cubrimos los aparadores de manjares y vinos que no nos atreveríamos á comer en ninguna otra época del año. En esta prostituimos nuestro estómago llenándole de indescriptibles, inmastigables é indigeribles sustancias: como en los días de Carnaval prostituimos nuestra figura cubriéndola de ridículos trajes hechos de pingajos y colorines. ¡El hombre es frágil barro, criatura imperfecta, ángel caído, y no puede ser cuerdo y razonable un año entero!

Si queréis convenceros de que, en efecto, la Navidad representa el caos gastronómicamente considerada, penetrad conmigo en esta confitería, en este laboratorio misterioso donde la harina se convierte en oro y el azúcar en perlas y brillantes.

Alzad la tabla del mostrador que da paso al interior de la tienda y veamos lo que en ella se fabrica, confeciona y condimenta al presente. Esperad: tengo el honor de presentaros á D. Pio Melindre, inventor del guiso del pavo sospechoso, del capon sentimental y del ojaldre patriótico; autor de un folleto sobre la incorruptibilidad del garbanzo y el porvenir del turrón guirlache.

D. Pio Melindre es un hombre, mejor dicho, es un confitero de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad: acaso tendrá ménos, porque sabido es que las grandes inteligencias envejecen pronto. Su figura es majestuosa y simpática; no es más alto ni más grueso que una regular tinaja. Su figura, que rebosa benevolencia y salud, concélese á la par el respeto y el cariño de los parroquianos. Su voz tiene un acento irresistible cuando aboga por las excelencias de un merengue ó de un bizcocho borracho; sus ojos de verde esmeralda, recogidos, por decirlo así, bajo el cobertizo de sus cejas de figura de acento circunflejo, fascinan al comprador, lo atraen y se lo sorben; su boca es una especie de pórtico por donde salen, adornados con las más brillantes galas de la retórica, sublimes conceptos y profundísimas sentencias. ¡Con qué dignidad, con qué imperturbabilidad contempla los mil y mil embebecidos curiosos que á través de los empolvados vidrios del escaparate paladean mentalmente las olímpicas golosinas fabricadas por sus manos! ¡Qué bien sabe leer en aquellos curiosos rostros descompuestos por el deseo la simpatía hácia determinado dulce, y hasta la fecha de la última comida. Á no dudar, D. Pio nació, como otros muchos hombres, para más altos destinos; nació, sin duda, para ser un Napoleón, ó un Newton, ó un Calvino, ó un Washington; pero por una excentricidad de la suerte no es aún más que confitero.

Como D. Pio, siempre amable, se eleva en esta época excepcional del año al grado más superlativo de la amabilidad, nos recibirá con la sonrisa más dulce de

su confitería, con la sonrisa que él habitualmente sólo dispensa á los curas y á las criadas bonitas; y no bien le digamos nuestro deseo, cuando encaminándonos por un pasillo á las habitaciones interiores, nos hará entrar en una especie de hornacina donde la luz y la sombra son ambas á dos igualmente intensas; pero donde una y otra no se confunden ni mezclan: así es, que la sombra da extraordinario vigor á la luz, y la luz profunda intensidad á las tinieblas: en una cueva, en fin, iluminada por el resplandor rojizo que en ella lanza á guisa de descomunal linterna, la encendida boca de un horno, tendiendo por el centro de la habitación hasta la puerta un tapiz de oro, una escala de fuego, una banda de aire inflamado, un camino de luz por donde van y vienen, y suben y bajan, y se revuelven y agitan, como fantasmas que viven en una atmósfera de ondas de colores y microscópicas estrellas é iris centelleantes, los marmitones de D. Pio, armados de cacerolas, blandiendo palas y vestidos de blanco.

¡Qué movimiento tan extraordinario y tan mareador, qué concierto tan horrisono y armonioso á la par! El chisporroteo del fuego; el son metálico de las fuentes y platos; el monotonó ruidó del batir en peroles y marmitas los huevos y la leche y la manteca; el chirrido de las pastas que se abrasan en el horno, los gritos de los pinches que juegan arrojándose pellas de turrón ó de perada en bruto; el pesado arrastrar por el suelo de cajones llenos de harina y azúcar; las voces de mando de D. Pio, que se crece en aquel campo de batalla; los mil ruidos inexplicables que se alzan de todos lados, entre la oscuridad y entre las llamas, os impondrán el pavor que sintió Dante cuando guiado por Virgilio llegó á las puertas de la ciudad doliente. Un perfume que se insinúa hiriendo vivamente nuestra nariz, despierta, sin embargo, bien pronto, vuestro valor... y vuestro apetito. ¡Entrad sin miedo! ¡No estais en el infierno, sino en el paraíso de los gastrónomos de Noche-buena!

—Si he de hablar á Vd. con franqueza, me dijo don Pio, la humanidad en este período gastronómico me inspira compasión. En estos días se despacha más en el establecimiento que en todo el resto del año. Parece que la gente, como esos animales que tienen una bolsa natural donde á manera de despensa conservan lo que tragan, come de una vez lo que ha de digerir en doce meses. ¡Y qué cosas come! Descorreré á sus ojos de Vd. el velo que cubre una larga serie de cólicos é indigestiones futuras. ¡Vé Vd. aquellas enormes calderas llenas de masa, que baten con sendos cucharones aquellos dos pinches? Hay en ellas con que alimentar á dos ejércitos. Pues bien, eso es como si dijéramos la espuerta de la basura de la confitería. Allí han ido á parar todos los restos, desperdicios, recortaduras, escrescencias, ribetes, migajas é inutilidades de las tortas, de los bizcochos, de los dulces y de los confites que se han expendido durante el año: ahí están las pastas agrias, duras é inmastigables, que no se podrian despachar en tiempos normales; ahí está, en fin, barrido por la escoba de Noche-Buena, el polvo alimenticio de los cajones donde se guardan las almendras, las paciencias, los caramelos y el azúcar piedra. De todas esas cosas, y de algunas más, está formada esa masa, que sábiamente batida, se torna luego en manjar sabrosísimo para la famélica muchedumbre. Este es el tiempo en que yo hago mis invenciones y experimentos. El mazapan y el turrón son compuestos de sustancias heterojéneas, que admiten los más raros caprichos, las mayores fantasías y excentricidades. Unas veces hago el turrón con avellanas y piñones, otras con lo que tengo más á mano. El estómago tiene preocupaciones y acepta como bueno todo lo que cuesta caro, así es que cuando alguna cosa me sale mal la doblo el precio. Un año se me acabaron las almendras y las nueces é hice turrón con cañamones y algarrobas; dieron fin éstos, y lo seguí fabricando con cebada perlada; creció el consumo, y lo hice con guijarritos y chinitas del Manzanares: de entonces data el justo crédito de que gozo. Es necesario sentir la ciencia culinaria, é inventar despreciando al público y las leyes. Y si no... ¡Vea Vd.!

Y D. Pio, acercándose á un rincón de la cueva, donde veíase entre la sombra algunos sacos que contenian diversas sustancias, cogió varios puñados al azar y los arrojó en los peroles y cacerolas que los marmitones empuñaban. Repitió esta operación varias veces, yendo y viniendo de los sacos á las cacerolas, y luego, cogiendo algunas botellas de licores, las vació en los susodichos utensilios.

Juro á Vd., prosiguió, que ignoro cuáles sean las sustancias y líquidos que he puesto en las cacerolas, pero no importa, así fuera arsénico y aguarás lo que acabo de añadir á esos futuros turrónes, que dormiría hoy con

la tranquilidad del justo. ¡Qué significarían media docena de muertes, producidas por un error de mi inspiración, ante el estrago universal que la glotonería produce en la humana especie bajo el pretexto de celebrar digna y piadosamente el nacimiento de Cristo?

Es rancia costumbre entre buenos amigos enviarse la víspera de Noche-Buena algunos comestibles. Esta costumbre suele dar lugar á incidentes curiosos.

Cierta víspera de Noche-Buena compré yo una caja de mazapan con objeto de enviarla de obsequio á un buen señor que me tenia obligado. La recuerdo como si no me la hubiera comido. Representaba un besugo nadando en olas de arroz y entre escollos de pasta de almendra: en la cola tenia puesto una vistosa roseta de guindas y al cuello una especie de condecoración, y el nombre del confitero. Anises y bombones cubrian su cuerpo figurando escamas, y las agallas y la cola eran de almidon azucarado. Apesar de estos disfraces, como la buena forma puede tanto, se conocia bien que era besugo.

Compré la caja y la envié á mi amigo; pero cuál no sería mi sorpresa cuando al día siguiente la criada de un antiguo compañero me trae de parte de su amo el obsequio de Navidad y me encuentro con mi besugo condecorado. Sí, era el mismo: no podia dudar, entre otras señas denunciadoras lo publicaban los dos fúnebres huecos de las dos guindas que yo, con rubor lo confieso, habíame comido el día anterior ántes de regalarlo y que rompian la graciosa simetría de la roseta.

El tal besugo, segun pude averiguar despues, habia hecho un viaje de circumbalacion por Madrid. Desde la casa á que yo le envié, habia ido á la de un consejero de Estado, hombre de gran influencia, y el consejero lo habia regalado á su administrador; el cual á su vez lo mandó á la viuda de un coronel; la viuda á un estudiante de medicina; el Galeno á una encajera; la encajera á un agente de bolsa; el agente á una marquesa; pasando, finalmente, de la aristocrática dama á su pedicuro y de éste á un diplomático que lo endosó á mi amigo, y volviendo así despues de haber recorrido toda la escala social y paseado todas las calles de Madrid, de mano en mano, de elogio en elogio, y de propina en propina, siempre agradecido y nunca pagado, á mí, su comprador y primer donante.

¡Pobre besugo! comprendiendo que debia estar fatigado de tan largo viaje le dejé descansar; quiero decir, me lo comí.

Entré ayer en una barbería donde alguna vez suelo afeitarme. Las paredes estaban empapeladas de cartulinas. Las mesas, los espejos, los cristales de los balcones y hasta los asientos de las sillas hallábanse cubiertos de tarjetas que decian: *Los dependientes del Establecimiento felicitan á Vd. las Pascuas.*

Ocupé el sillón: pusiéronme al pecho el inevitable babero y tendí atrás el cuello: allá en lo alto un letrero escrito con caracteres enormes, decia: *¡Qué las tenga usted felices!* Cerré los ojos y esperé. El mancebo me dió aún más jabon que de costumbre, pasó con mortal detenimiento la navaja por la correa: habló ménos y con tono más dulce que otros días; no se bromeó conmigo, ni me preguntó lo que no le importaba, y dejó para otra vez el golpe magistral y denigrante de cogermelo entre sus dedos la punta de la nariz. Me afeitó bien: como nunca. Me atusó el pelo sin peinarlo como suele, en su atolondramiento, las orejas y el cuello de la camisa; quitóme el delantal, se sonrió y esperó á su vez.

Metí la mano en el chaleco, y sacando un real, lo puse con gracia en la mano del mancebo, y salí. Aún me parece que zumba en mis oídos un extraño murmullo que me alcanzó al bajar por la escalera.

No sé lo que dijeron; pero creo que un eco sordo y terrible repitió estas palabras:

¡Qué cinismo!

Como yo á fuer de buen español abuso de las figuras retóricas, entré ántes de Noche-Buena en una administración de loterías y le dije al dependiente:

—¡Deme Vd. diez duros de ilusiones y de esperanzas!

El empleado cogió un billete, corto un décimo y me dijo no ménos retóricamente:

—Ahí van doscientos reales... de desengaños.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA FIESTA DE TOROS.

(Conclusion).

Los del corrillo deshiciéronlo y en breve tiempo estuvieron en la Plaza Mayor, que despues de los dos incendios que habia padecido, restaurada y mejorada por el tercero de los Felipes, se habia convertido en palenque de fiestas, y los toros, las cañas y los autos de fé, servian frecuentemente de señuelo á los desocupados, para llenar balcones y tablados.

Gran número de operarios trabajaba en unos y otros: en primer lugar, disponíase para los reyes un magnífico cadaalso, en donde se aderezaba el *balcon real*, con preciosas telas y ricos paños.

Los balcones y ventanas lucian colgaduras vistosas, en las que no escaseaban la seda y el oro, conociéndose por sus alegres galas el júbilo que esperaba á los cortesanos.

Por todas partes el ruido de los operarios que alzaban tablados, la gritería alborozada de los muchachos, el concierto ó disputas de los que ajustaban con los carpinteros puestos en los tablados *, las voces de las limeras y el ruido, en fin, que, como en poblada colmena, no cesaba un punto en aquella gran Babilonia de España, ponian confusion en el entendimiento, vaguidos en la vista y turbacion en el ánimo no acostumbrado á tan rumoroso estruendo.

No fué la noche parte á que el trabajo se suspendiera, antes al contrario, á medida que adelantaba aquella y el alba venia á más andar, redoblaban los operarios sus esfuerzos para terminar á tiempo su tarea.

Así fué que cuando, por las entreabiertas ventanas del Oriente, principió la aurora á dejar entrever las frescas rosas y encendidos amarantos, que en el alegre rostro le amanecian, y antes que alondras y jilgueros, con sus regocijados pios, le diesen la acostumbrada bienvenida, todos los tablados se hallaban dispuestos á recibir sobre sus mal unidas tablas al alborozado concurso, que estaba durmiendo de medio ojo, pensando en la corrida.

No llamó poco la atencion de los primeros que á la Plaza Mayor concurrieron, un balcon abierto en uno de sus lados y que en el espacio de aquella sola noche habia sido perfectamente aderezado.

En la boca del vulgo, que es estafeta del viento, segun la rapidez con que las noticias vuelan, volvió á oírse mentar el extraño nombre de Marizápalos, y juntamente el del rey, pronunciado en voz baja, como por quien teme ser oído en lo que apesar del miedo no quiere callar.

Poco despues debia ser el encierro de los toros, á cuya diversion acudia mucha gente, tanto que, cuando llegó la hora, pocos eran los sitios que no estuviesen ocupados.

Diez y seis fueron los brutos conducidos al toril en aquel dia: todos ellos ferocísimos, como apacentados en las salobres yerbas del Jarama, y destinados todos los diez y seis á ser asombro del circo y juguetes y víctimas á la vez de los esforzados caballeros que los habian de lidiar.

Cuatro estaban destinados á la mañana y los doce debian correr la arena por la tarde, muriendo todos á impulso de los rejonés ó la espada.

Madrid entero se despoblaba por acudir á la Plaza Mayor; muchos habian dormido en ella á cielo abierto, para coger buen puesto, y á poco de haber el boquirubio Apolo esmaltado con sus rayos los vistosos tapices de los balcones, empezaron éstos á cuajarse de hermosas y principales damas y bizarros caballeros.

La plebe bulliciosa ocupó los tablados * y los más de los concurrentes acudian provistos de recado de comer y beber, con que añadir placer á los que la fiesta proporcionaba.

El bullir y revolver de la muchedumbre crecia por

* Habia gran empeño en adquirir puesto en los andamios, pagándose hasta tres reales de á ocho, por cada uno, como puede leerse en el *Dia y Noche de Madrid*, por Francisco Santos, discurso IV.

* Los tablados. Desdénaban ocupar estos sitios los que se creian capaces de hacer una suerte, así dice un personaje de Tirso de Molina en *Marta la piadosa* (Acto, I Esc. IX).

PASTRANA. Menos que en una ventana
Ó en un tablado, no esperes
Verme en el coso.

DON FELIPE. Pastrana.
Ese es sitio de mujeres,
Ó de hombres de agua y lana:
Aguardemos una suerte
Aquí, y cobrarás por fuerte
Nombre y blasones eternos.

momentos y resonaban por todas partes gritos, carcajadas, silbidos, voces y denuestos.

Ya junto á un andamio se levantaba repentina algarazara y causábanla dos mozas de buen rostro y mejor garbo, guardapiés de ocho guarniciones, jubon de rasi-lla y mantilla blanca, por no ser damas de manto, enseñando unas arracadas y gargantillas de coral y en las manos cantidad de sortijas de azabache, que eran buscapié de su alabastro.

Al tiempo de subir por la escalera, hecha de palos y mal acondicionada, enganchóse á una el guardapiés, con que se pusieron á la vista de muchos curiosos, no sólo las enaguas de beatilla con puntas, sino las medias, que demostraron no ser de cordellate, sino de pelo y encarnadas; llegando alguno á descubrir las ligas, formadas por unas colonias verdes, con puntas de oro.

Llovieron sobre entrambas chanzonetas, pullas y desvergüenzas, pero ellas, léjos de tomarlo á mal, respondieron con carcajadas.

Á este tiempo, en otro extremo de la Plaza, sobre si la mujer á quien uno acompañaba debia colocarse delante ó detras de cierto miron, soltáronse á entrambos palabras, que pasando á mayores, fueron tirabuzon de las dagas, con que iban á lanzarse uno sobre otro, á tiempo que detenidos por dos alguaciles dieron con ellos en la cárcel de Villa.

Aquí una limera promovia un altercado con las gentes, á quienes molestaban sus gritos é incesante trasiego: allá una mujer, con el ardor del sol y la estrechez y apiñamiento del concurso, se tomaba de una congoja; acullá no dejaban á otro pasar á su asiento de barandilla: unos pedian el principio de la fiesta, otros llamaban á sus conocidos, aquellos vociferaban á impulso de su alegría y todos estaban ansiosos é inquietos en tanto se hacia la señal.

Aquella mañana no acudieron sus majestades al balcon real, y por ello haré gracia á los lectores de la lidia de entónces, para venir á la de la tarde; y sólo diré que apenas aquella terminada, los concurrentes se dieron prisa de ir á casa para comer, salvo los que lo hicieron en la Plaza, para no perder puesto, porque á la una debian estar de vuelta.

Mucho se prometian todos de la fiesta: ya oimos decir á los lucidos del mentidero que uno de los lidiadores seria D. Gaspar Bonifáz, del hábito de Santiago, valentísimo en tal ejercicio, otro tanto que perito, como que habia compuesto un libro sobre ello *.

Era tambien de los caballeros el tan celebrado Cantillana y D. Gregorio Gallo y Gutierrez, como Bonifaz, caballero de su majestad, del hábito de Santiago y autor de otro librito de toros *.

Varios otros caballeros, hasta ocho, iban á medir sus fuerzas, arrojo verdaderamente temerario y gusto poco de alabar, exponerse á la censura del vulgo, que recibia siempre con burlas al que no tenia toda la destreza ó fortuna necesarias para salir con lucimiento de la empresa.

Largo tiempo habia que la Plaza Mayor estaba cuajada de espectadores, impacientes y bulliciosos, aguardando la llegada de los reyes, sin los que la funcion no habia de principiar.

Ni los caballeros ni sus lacayos parecian por la arena, pues no debian salir en tantó que el monarca no hubiera ocupado su puesto, porque hasta entónces no se soltaba el primer toro.

Sólo en una delantera de tablado se veia algunos lacayos, cada cual vestido de un color, librea de los caballeros, pues cada uno de aquellos criados lo era de uno de los lidiadores, á quienes en aquel punto tenian apercebidos los rejonés, y ademas sombrero, capa, acicates y espada, por si les faltasen las prendas de esta especie que los caballeros debian sacar consigo *.

Ya los Consejos habian ocupado sus balcones; las da-

* Se titula el libro de Bonifáz *Reglas de torear*; fué impreso en Madrid.

* Denominábase *Advertencias para torear*, compuestas por D. Alonso Gallo y Gutierrez, señor de la villa de Fuentepelayo, en Madrid, por Diego Diaz de la Carrera: año 1653. Dedicale al duque de Medinasidonia. De este tiempo es tambien el libro titulado: *Advertencias ó preceptos del torear, con rejon, lanza, espada y yáculas*, por D. Pedro Jacinto de Cárdenas y Angulo, caballero de Alcántara, 1651, publicado por D. Miguel de Tapia y Salcedo, caballero del orden de Santiago. Hay otro *Arte de torear*, anónimo, del año 1652.

Publicóse tambien el libro nombrado *Palestra particular de los ejercicios del caballo, sus propiedades y estilo de torear y jugar cañas, con otras diferentes demostraciones de la caballeria politica*, por D. Andrés Dávila y Heredia, señor de la Gatena, capitán de caballos, ingeniero, etc., en Valencia, por Benito Macé, año 1674. Estos y otros libros de su género demuestran la estimacion en que entónces tenian al toreo los caballeros más principales.

* Así lo dice el citado Gallo y Gutierrez.

mas que más puntos calzaban en grandeza y las que por su donaire y hermosura habian alzado pendones de señoría sobre las demas de la villa, competian desde sus asientos en brillo y en majestad con el luminar del dia, que desde poco más de la mitad de su cotidiana carrera, lanzaba las doradas hebras de sus cabellos sobre aquella multitud, tan inquieta como deseosa de ver el principio de la anhelada fiesta; en una palabra, diré con Góngora que parecian etc., etc.

La plaza un jardin fresco, los tablados *

Un encañado de diversas flores;

Los toros doce tigres matadores,

Á lanza y á rejon despedazados.

La jineta dos puestos coronados

De principes, de grandes, de señores;

Las libreas bellisimos colores,

Arcos del cielo, ó propios ó imitados.

Los caballos, favonios andaluces,

Gastándole al Perú oro en los frenos,

Y los rayos del sol en los jaeces;

Al trasponer de Febo ya las luces

En mejores adargas, aunque ménos,

Pisuerga vió lo que Genil mil veces.

De los más ansiosos eran los caballeros que habian de correr los toros aquella tarde, y aunque los habia esforzados y apuestos, como los que citados quedan, sobresalia entre todos por su bizarro porte, rostro varonil y el galano y rico aderezo de su traje, un mozo que apenas si frisaba en los veintitres; y otro tanto que valeroso y lucido, claro de linaje, que pudiera dar ventajas en competencias á los más encopetados de Castilla.

Era el tal mancebo el marqués de Velada, cuya maestría en correr toros andaba en lenguas del vulgo, y todo el mundo ansiaba verle en la arena.

Más de cuatro tiernos corazones deseaban y temian el momento, porque el marqués aficionaba aún sin quererlo á las damas, si bien él hubiera dado de buena gana y aún con estrenas, á todas las que por él morian, y eso con no ser pocas, por bien de rendir á una, que contra lo que el gallardo marqués habia topado siempre, mostraba á sus quejas un corazón más duro que si fuera forjado de fortísimo y bien templado acero.

Era la dama hija única de un D. Bernardo de Acebedo y Bracamonte, consejero de Castilla, de noble sangre, si bien no muy sobrado de dineros, por lo que habia necesitado ayudar á las rentas de su mermado mayorazgo en tierra de Búrgos, con una plaza en el Consejo, que ciertamente le habian granjeado sus buenas partes y saber, más bien que el valimiento de la córte.

Hubiérase dado el consejero con un canto en los pechos porque doña Serafina, que así se llamaba la niña, alcanzase la señoría con el marquesado de Velada, pero era tal la condicion de aquella, que hasta entónces galan alguno habia sido poderoso á encontrar resquicio por donde penetrar en su empedernido corazón.

Ni músicas, ni enamorados billetes, ni noches pasadas de claro en claro debajo de las ventanas del consejero, ni miradas encendidas, ni suspiros abrasadores, dieron jamas al apasionado mozo un adarme de esperanza del logro de sus deseos, tan castos como enamorados.

Y en verdad que doña Serafina, aparte de lo riguroso de su condicion, era dama digna de alcanzar el sódio de un emperador, si hubiera de medirse su merecimiento por las gracias que sobre ella derramara naturaleza, cuajando su persona de todas, como si en copiosa lluvia le hubiesen caído.

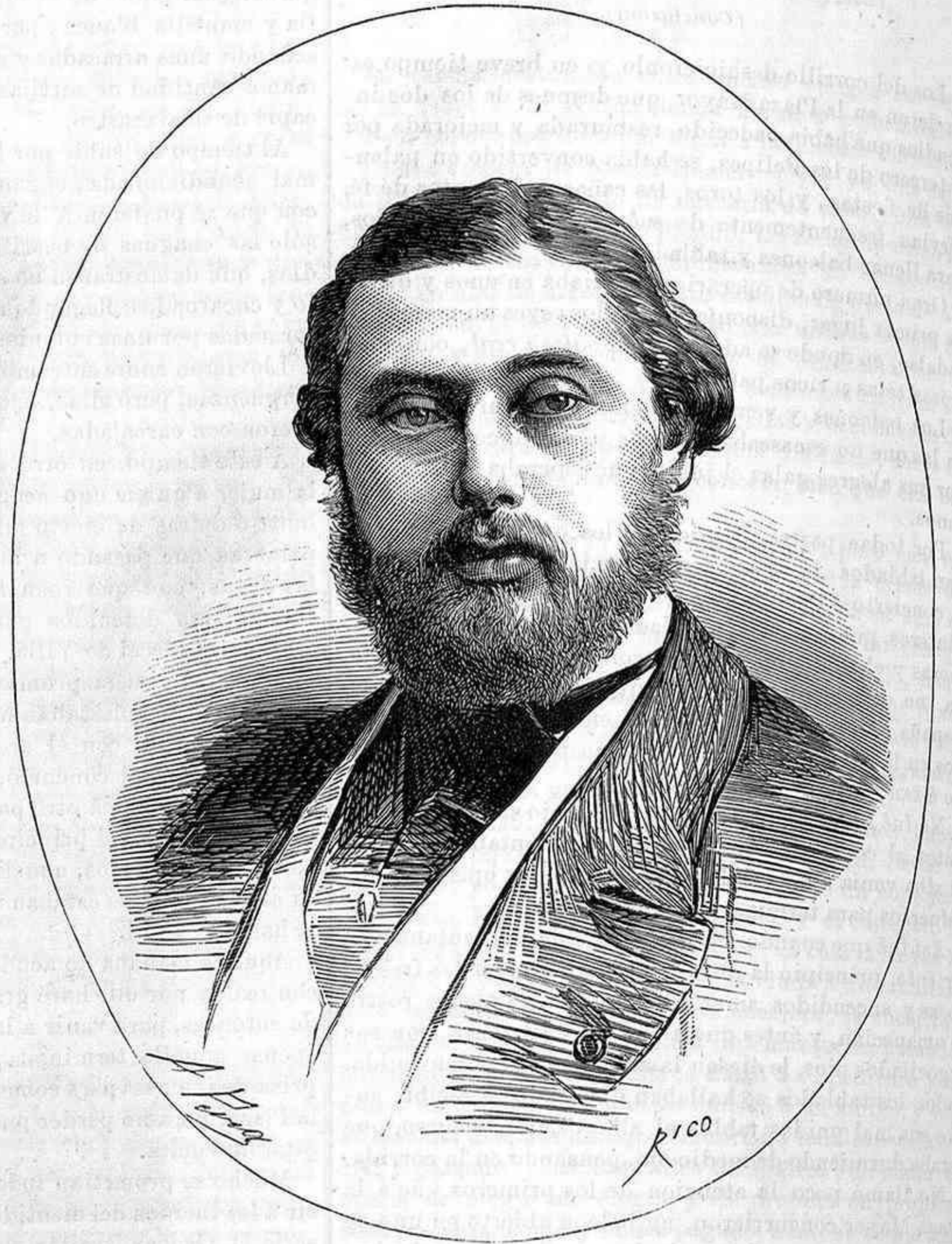
Era bien proporcionada de cuerpo, delicado el talle, blanca y rosada la tez, los ojos envidia de las esmeraldas * y el cabello tan abundante, rubio y resplandeciente, que los rayos del sol á su lado parecian pocos, descoloridos y sin brillo.

Todos los poetas de la villa, y entónces hormigueaban, habian cantado sus gracias: todos los rondadores, que no eran ménos que los poetas, habian desnudado por ella sus espadas, y nuestro marqués tenia puestos á contribucion á los primeros más de una vez, y no ménos de ciento habia requerido la tizona, para ahuyentar los buhos, que acechaban las ventanas de su Dulceina.

Esta, si he de poner las cosas en su punto, no osaré decir que aborreciese al mancebo, ni que le tuviese ojerriza, antes entre la turba de sus adoradores acaso fuera el predilecto, pero de tal modo disfrazaba su aficion con

* Soneto á unas fiestas de cañas y toros en la plaza de Valladolid. Si donde dice Pisuerga permitiése el metro escribir Manzanares, pudiera pasar este soneto como resumen de la fiesta aquí descrita.

* *Envidia de las esmeraldas*. Como los gustos han sido tan diversos segun las épocas, en ésta los *ojos verdes* eran tenidos en mucha estima, como se ve por los frecuentes elogios que de ellos hacen los escritores, y de este y otros requisitos que debia tener entónces una mujer para parecer hermosa, traté ya en otro artículo.



LOS PRÍNCIPES DE GALES.

la máscara del desden, que no amante acogojado, sino despierto zahorí hubiera necesitado ser el mozo, para descubrir aquel secreto, que más que oro en paño guardaba la hija del consejero.

Y es que la doncella estaba persuadida de aquello que en verso dijo el otro poeta:

Que á la mujer que tuviere
En algo su propio ser,
Se le permite querer
Pero no decir que quiere. *

Sabia el marqués que doña Serafina, en los ratos que no ocupaba en las femeniles tareas, gustaba de leer en los libros de caballerías y que le parecían de perlas aquellas valentísimas hazañas de los Amadises y Esplandianes; y como el marqués no desmerecía en valor de su sangre y había conseguido fama de diestro en el ejercicio de correr toros, sabedor de que la doncella tenía balcon en la Plaza, determinóse á ser uno de los de la lidia, y por eso estaba apercebido de los primeros entre los que aguardaban la señal.

Acababan de dar las dos cuando en el concurso dejóse notar una cierta agitacion y murmullo creciente, como si repentina y sorda marea turbase aquel mar de cuerpos humanos.

Era que entraba en la Plaza un piquete de soldados de las reales Guardias española y tudisca, destinado á despejar la plaza, cargo que de juro le correspondía.

Hízolo en breve tiempo con bizarro desembarazo; acogiéronse los hombres á los tablados, diéronse prisa de encaramarse á ellos las mujeres que llegaban tardías á la fiesta; por un instante pareció serenarse aquel confuso oleaje, y los ojos todos del concurso, como agujas que obedecen al secreto atractivo del iman, dirigieronse hácia el balcon de los reyes.

En aquel momento presentáronse estos en él y de nuevo se conmovió la muchedumbre con clamoroso regocijo, que no podría decirse fácilmente si era por el contento de que iba á tener principio la fiesta ó por el gozo que la presencia del monarca infundía en aquellos amantes súbditos.

Acabado el despejo de la plaza, retiráronse los soldados, y no bien lo habían hecho, cuando por una de las entradas frontera al balcon de sus majestades, oyóse el clamor alegre de las trompetas, mezclado con el grave sonar de los atabales.

Bien pronto se vió que le producían ocho trompeteros vestidos de morado y blanco, llevando de igual color los paños de los instrumentos y seguidos de dos atabaleros, aderezados de igual suerte.

Tras esto venía una lucida tropa de lacayos, que lo eran de los diferentes caballeros que habían de entrar en la fiesta, distinguiéndose unos de otros por las libreas, pues los de cada dueño usábanla igual en los colores y forma, diferenciándose de los demas.

Vestían jubones con mangas de un color, de otro la capa y la banda del matiz de esta.

Aunque las reglas del toreo prescribían que no auxiliasen á cada caballero más de dos lacayos, para proveerle de rejonés, no obstante, el prurito de ostentacion de grandeza hacia que cada cual llevase el mayor número posible de ellos, aderezados del modo más vistoso que podía imaginar,

Ademas que dos eran harto poco, pues en el discurso de la tarde sería fortuna desechar que no cogiese alguno el toro. *

* Así lo dice Gallo y Gutierrez. El Padre jesuita Pedro de Guzman, en su libro intitulado *Bienes del honesto trabajo*, dice que en estos ejercicios del toreo morían en España un año con otro doscientas y aún trescientas personas. No cabe duda de que ahora no acontecen tan lamentables desastres, por más que con harta frecuencia hallamos algo de esto en los periódicos.

Estos lacayos conducían del diestro caballos pertenecientes á sus señores, para si tenían la desgracia de perder en la lidia el que montaban, azar que deslucía al caballero, pues la gala del torear consistía en defender al bruto durante la corrida toda.

Llevaban tambien para cada uno rejonés, espada, estribos, sombrero y capa, por si, como ántes he dicho, en alguna suerte perdía el caballero cualquiera de las prendas de esta especie que sacaba.

En fin, detras, y poniendo lucido término al grupo, entraron los caballeros que habían de correr los toros. *

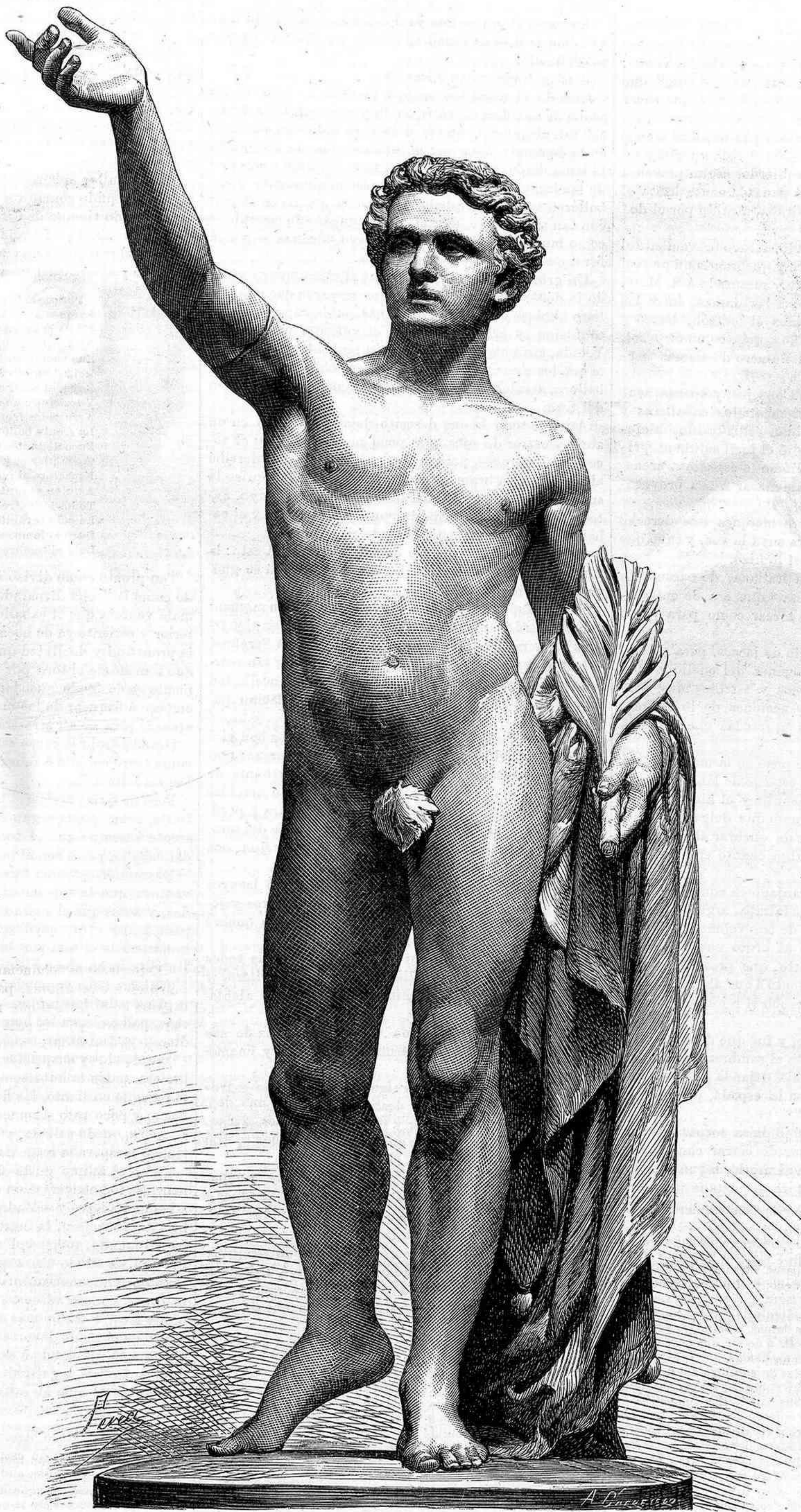
¡Qué pluma sería capaz de pintar su gallardía, continente y gentileza! ¡Cuál los vestidos y galas con que venían aderezados, la estampa y fogosidad de los corceles, la destreza en el regirlos y la serenidad que en sus rostros se retrataba, como si no fuesen á exponer su vida en récia pelea, con brutos de los más feroces que jamás las selvas abrigaron!

Pero dado que de ello quiero excusarme, no pasaré en silencio la bizarría del apuesto marqués de Velada, que entre todos sobresalía, no sólo por lo varonil de su persona, sino por la destreza que en todo mostraba, dejando ver bien á las claras cuán fundado era el aplauso que de todos se había granjeado en las veces que había salido al circo.

Traía el vestido bizarro por todo extremo, de color celeste, sembrado de estrellas de plata, semejando un clarísimo cielo, pues siendo su amor de una Serafina, no sólo sus pensamientos, sino hasta el traje debía re-

* Más adelante se usó tambien que el caballero que había de correr toros escogiese para que le apadrinara á otro, generalmente de alta prosapia, con el cual, en coche, daba una vuelta á la plaza ántes de empezar la lidia. Así lo describe D. Nicolás Antonio Guerrero, en un grueso volumen que escribió á la canonización de Santo Toribio de Mogrobojo, al referir las fiestas que con este motivo celebró la ciudad de Salamanca en el año de 1723.

* Montalban. *Cumplir con su obligacion*. ACT. I, ES. 1.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.

UN JÓVEN GRIEGO DANDO GRACIAS Á JÚPITER POR SU TRIUNFO EN LAS CORRIDAS OLÍMPICAS —ESTÁTUA DE DON JOSÉ SIMON ALMEIDA.

velar que el objeto y blanco de sus deseos era más que terreno.

Su caballo, peceño, trastrabado*, denotaba en la ligereza y ardimiento de su acompasado trotar lo generoso de su sangre cordobesa: era de poco más de la marca, circunstancia muy tenida en cuenta por la ventaja que al caballero daba si se veía precisado á tener que sacar la espada contra la fiera*.

Venia el marqués con la capa compuesta sobre ambos hombros, pasada la punta del lado derecho por debajo del brazo, y echada sobre el izquierdo, según prevenia el ritual del arte, y así avanzó pausadamente hasta el balcón desde donde el rey le miraba, atraído por el donaire de su persona.

Llegado á trecho proporcionado, detuvo brevemente el corcel, y quitándose el sombrero y quebrando un poco el cuerpo y la cabeza, saludó grave y mesurado á S. M.*.

Después dirigió otro saludo á las damas, entre las que con los ojos, á quienes guiaba el corazón, buscó y halló pronto á la rigurosa Serafina, que, como otro sol, oscurecía con su brillo el gran número de damas hermosas allí reunido.

El tercer saludo fué para los Consejos; y apenas acabado y distribuidos convenientemente los caballeros y los peones, que por lacayos habian éstos traído, hicieron señal los instrumentos y dió el toril salida al primer bruto, que en cuanto se vió en la espaciosa arena, bramando con furia, parecia amenazar á sus provocadores.

Bien hubiera querido nuestro marqués irse derecho en busca de la fiera; pero no era suya la vez, y tuvo que dejarla á otro caballero, que así lo hizo.

Vestia el que salió traje á la italiana, de naranjado, verde y oro; montaba á la gineta* que era de entrambas sillas la usada, tanto para torear como para jugar cañas.

El caballo, si bien descargado de jaeces, para no embarazarle, iba encintadas las crines del cuello y cola con los colores del ginete, frenos y estribos muy brillantes, riendas berberiscas y acciones de lo mismo, afianzada la silla con dos bien apretadas cinchas, una por cada lado.

Pronto uno de sus lacayos le puso en la mano un rejon. Este instrumento era una especie de lanza de ocho palmos de largo, contando la manija y el hierro, hecho de madera seca y lisa, más grueso que delgado, y esto con la mira de que habiéndose de quebrar al tiempo de la suerte, aplaudía más el vulgo cuanto era mayor el estallido.

Novel debía ser el de lo naranjado en aquellos ejercicios, pues si bien el valor no le faltaba, argüíale su precipitación de indocto, porque de tres rejones que habia quebrado, todos tres los clavó al bruto en los brazuelos, sitio reprobado por el arte, que prescribía fuese desde la nuca hasta la cruz, atento á que ahí no era fácil matar al toro sino entraba derecho el rejon por el cerviguillo hasta las tripas*.

Acaecióle otro contratiempo, y fué que descompuesto su caballo, derribóle de un bote el sombrero á la arena, en cuyo caso el caballero debía dejar la suerte de los rejones y arremeter al toro con la espada, para desjarretarle y satisfacerse.

Ciego el caballero con el enojo de su torpeza, desenvainó en efecto, pero en lugar de cerrar con la fiera llevando la espada* arrimada al muslo, según arte, le-

* *Trastrabado*: el caballo que tiene la mano izquierda y el pié derecho blanco.

* Respecto á la marca de los caballos no están conformes los que acerca del torear escribieron, y al paso que unos, como Gallo, dicen que valen más que la pasen, otros, y entre ellos Cárdenas, no desdennan el caballo pequeño; y el anónimo autor del *Arte de torear*, le prefiere.

* Especialmente en Madrid era obligatorio dirigirse muy pausadamente á saludar al rey y á sus damas, aunque ya estuviese el toro en plaza, sin hacer caso de él, á no ser que envistiera, y una vez desjarretado se saludaba á los demas.

* *A la gineta*. Dos eran las escuelas de equitación entonces en uso: la *gineta* y la *brida*. La primera conociase de muy antiguo, y en esta época ya se lamentaban sus partidarios de que iba cayendo en desuso, siendo tal, en su opinion, que en ella, con menos armas iba el caballo más ligero y el caballero más aliviado. Usabase montar á la gineta en las fiestas de toros, como no fuese para lidiar con *varilla*, en los juegos de cañas y en el uso y ejercicio militar. Para montar á la *brida* se usaba silla rasa ó de borrenes y los estribos largos.

* Clavar el rejon bien era cosa que se consideraba de grande habilidad; Góngora, en unas décimas, celebrando el hecho de haber rejoneado á un toro el enano Simon Bonamí, dice:

Pensé, señor, que un rejon
Era romperlo en un toro,
Quebrar la lanza en un moro
Ó un venablo en un león, etc.

* Estas espadas debian ser de poco más de vara y su ancho tres dedos, de un corte y derechas, pues corvas daban presunción de grandes cuchilladas.

vantó en alto el brazo un buen trecho ántes de llegar al toro.

Entonces el vulgo, que ya dos ó tres veces habia movido murmullos de censura, levantó un clamoreo general gritando:

— ¡San Jorge! ¡San Jorge! *

Cuando el caballero se oyó motejar de esta suerte acabó de enardecerse entre enojo y vergüenza, y arremetió tan ciegame que él ó la fiera hubiesen quedado en la demanda, á no ser la fortuna, que de otro modo lo tenia dispuesto; y fué que el toro, distraído con uno de los lacayos, cerró con él y queriéndole seguir el caballero, su corcel resbaló dando con ambos en tierra, con tan récio golpe, que el ginete quedó sin sentido y como muerto, á tiempo que su lacayo, alcanzado por la fiera, quedaba cadáver en sus astas.

Un grito de espanto resonó por el circo entero viendo la doble catástrofe, pues todos creyeron que el caballero hubiese muerto; pero apenas habia comenzado la confusión y gritería, cuando el valiente marqués de Velada, sin reparar en el riesgo y teniendo sólo presente que los *socorros** eran la primera obligacion del caballero, arrojóse en medio de la arena en persecucion del toro.

Aunque todo lo que descrito dejamos acaeció en un abrir y cerrar de ojos, por poco no llega tardío el socorro del marqués, porque el toro, una vez que derribó al peon, volvía bramando contra el caído, pero quiso la suerte que partiendo el marqués veloz como el rayo, ántes que el toro llegase, pudo ponerse entre éste y el caballero, librándole de una muerte cierta.

Un grito de admiracion y de aplauso siguió á esto: la fiera sorprendida se detuvo bramando y miró á su nuevo adversario.

Grande fué la ansiedad y congoja que por un momento se apoderó de los corazones todos, y si entonces el marqués hubiera estado de espacio de mirar á doña Serafina, habria visto en su hermoso semblante palidez tan mortal, que hubiese comprendido que no era la doncella tan rigurosa como sus anteriores desdenes la hacian parecer.

Cada vez más enfurecida la fiera resoplaba con violencia, retirándose para atrás, escarbando la arena: tendió un momento la oreja derecha, señal ciertísima de embestir, y con la impetuosidad del huracan arrojóse contra el marqués; pero éste, ganándole la cara y perfilando rápidamente la cabeza del caballo con la del toro, hurtó la embestida y le quebró en la cruz el rejon, que era de los de *lancilla**.

Ya entonces, distraído el toro, pudieron los lacayos recoger los heridos y proveer al marqués de otros rejones, que sucesivamente y en no largo espacio quebró asimismo en la fiera, cada vez más irritada.

Ardua tarea seria referir los aplausos que de todos los balcones y tablados salian en loor del caballero, y no eran las damas ciertamente las que menos le alentaban con aquel favor.

Sólo Serafina, ya recobrada en el bello matiz de sus megillas, no enviaba sus plácemes al valeroso y enamorado mozo.

Este, enardecido con el vulgar aplauso, quiso extremar la demostracion de su destreza lidiando con *varilla**, suerte de más primor y para la que tuvo que cambiar de caballo, pues tenia que hacerse á la brida y el que llevaba iba enjaezado á la gineta.

Si bien habia jugado los rejones, no menos la varilla, hostigando al toro con ella entre ámbos cuernos, sin dejarle arrimar é hiriéndole repetidas veces.

Enfrascado el marqués en la lidia no pudo evitar en una vuelta brusca que el sombrero cayese al suelo, y entonces, según las leyes de la lidia exigian cuando el caballero perdía ésta ú otra prenda, como la capa, el estribo, etc., arrojando la varilla, sacó la espada para satisfacerse.

No tenia obligacion el marqués de más que haber que-

* *¡San Jorge!* Grito con que el vulgo motejaba entonces al caballero que se descomponia de dicho modo, equivalente á otros denuestos que hoy dirige á los toreros de oficio.

* Estos *socorros* debia de prestarlos el caballero tanto á los peones como á los otros ginetes, y en recompensa de este servicio estaba exento de la pena de excomunion en que incurrian los peones que morian en la lidia. En estos trances apurados no habia que guardar reglas, sino clavar el rejon por donde se pudiese.

* *De lancilla*. Estos rejones eran considerados como los mejores, y tenian las aletas muy recogidas, para en el caso de que no se quebrasen poder sacarles.

* La *varilla* era una lanza para torear á caballo, á diferencia del garrochon, que le usaban los peones. Debia ser la lanza gruesa, corta y con buenos filos, no esperándose con ella toro que no fuese muy vivo y determinado. El torear á caballo con vara larga no era de caballeros, podia hacerlo cualquiera, y entonces llevaba el caballo vendados los ojos.

brado en el toro el rejon, supuesto que el *empeño* no habia sido suyo, sino del caballero caído, pero como no le dolian prendas, ni menos en presencia de Serafina, acudió primero á la varilla y luego á la espada.

Más le valiera al toro no habérselas tenido que haber con aquel adversario y no le aconteciera morir tan presto, pues apenas acertó á la arremetida, cuando descargándole sobre el cerviguillo la tajante espada del esforzado marqués, se lo segó hasta casi la mitad, cayendo el bruto derribado en tierra, como si se desplomara un monte.

Volvieron los aplausos, y entonces el caballero reposadamente pudo concluir de hacer los saludos, que no habia tenido tiempo de dirigir á sus conocidos del concurso, cuando el ya fenecido bruto saltó á la arena.

Como el marqués tenia alientos para más, no quiso retirarse y si aguardar otra suerte;

Porque sale un bravo toro*
Famoso entre la manada,
No de la orilla del Bétis,
Ni Genil, ni Guadiana,
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente hermosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello
A quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo,
La piel sembrada de manchas.

Tan pronto como divisó al marqués, fuése á él rápido como la flecha disparada de la ballesta, y quiso la mala ventura que el caballo, rendido con la brega anterior y caliente ya de boca, no obedeciese al freno con la prontitud y docilidad que el ginete quisiera, tanto que tomándole el toro por un costado hirióle mortalmente y de modo que derramando un rio de sangre empezó á flaquear de las manos y el marqués tuvo que apearse para no ser arrastrado en la caída.

Grande enojo le causó este percance, y como no podia cobrar otro caballo á causa de la vecindad del toro, se fué resuelto á él.

Pero no quiso arrojarle la capa en las astas y acuchillarle, como podia según regla, sino que arremetió de frente á tiempo que el toro, cebado ya con la sangre del caballo, cerró con el marqués.

Descargóle éste una terrible cuchillada con tan mala ventura, que la espada dió en el asta partiéndose en dos, y ántes que el marqués pudiera ponerse en cobro para tomar otra, cayó sobre él la fiera de modo que hundiéndole el asta por la tetilla izquierda, derribóle sin vida en un abrir y cerrar de ojos.

¡Válame Dios y qué clamor de espanto se movió en la plaza toda! Las mujeres chillaban, desmayáronse muchas, palidecieron los hombres, y doña Serafina, no pudiendo ya disimular, tomóse de un parasismo de muerte.

Mandó el rey suspender la lidia* y aunque tal no hiciera, todos la hubiesen dado por terminada. Trocöse el regocijo en llanto, las fiestas en luto, el clamor en silencio y poco rato después la Plaza Mayor, ántes tan revuelta, quedó callada, y en ella memoria de tan horrible é inesperada tragedia.

Como el ánimo gusta de novedades, la muerte del marqués fué conversacion que sirvió tres dias de pasto á los mentideros y á Madrid todo, y un mes después la hija del consejero, la ingrata doña Serafina, desengañada del mundo, tomaba el velo en el convento de San Plácido, siendo la única que en su dolorido corazón labraba perenne monumento á la memoria del malogrado marqués, conociéndose en esto que el rigor que siempre le mostró era no más aparente.

Tal era el modo de correr toros, entonces que este ejercicio no habia pasado á ser granjería del vulgo, teniéndose como gala y gallardía que realizaba en mucho las buenas prendas de un caballero, demostrando no sólo su bravura, sino su destreza en hacer mal á un caballo.*

* Bellísima descripción tomada de uno de los romances moriscos, á que sirve de héroe el popular Gazul, alcaide de la Algava, tan celebrado en aquella clase de composiciones.

* Aunque el suceso de la muerte del marqués, aquí referido, sea puramente imaginado, es cierto que el de Velada fué muy diestro en correr toros, y como tal le cita D. Nicolás de Moratín en su mencionada *Carta histórica*. D. Luis de Góngora le dedicó un soneto, en ocasion que habiendo el marqués, en unas fiestas reales, muerto un toro y queriendo esperar otro, S. M. le mandó salir de la Plaza.

* *Hacer mal á un caballo*, frase que significaba ser uno diestro en la equitación. El Padre Mariana dice de D. Fernando el Católico que *hacia mal á un caballo con mucha destreza*.

Las armas con que habia de castigar al toro, eran el rejon, propio sólo de los caballeros, y la espada y aun la varilla. El garrochon usábanle los de á pié, y era manera de torear del vulgo.

Hasta el siglo siguiente, si bien en su primer tercio, no empezó ó conocerse gente que se dedicase á la lidia como oficio, dándose á los que le ejercian el nombre de toreros, alternando en las corridas con los caballeros, lidiando los toros que estos no salian á correr.

Vestian entónces jubon de tafetan de color vivo, banda de otro color y cabos correspondientes y los caballeros para la pica, y todo lo que no fuese rejon, llevaban como traje de rigor, la casaquilla.

Por entónces ya usaban los toreros de oficio la espada y daban estocadas, si bien no se guardaban para ello las escrupulosas reglas que en el dia, bastando con que el torero diese muerte á la fiera, sin reparar en que fuese de una ó de muchas.

Hoy que el arte del toreo se ha desnaturalizado del todo de lo que fué en su principio, dirán sus aficionados si le tienen en más ó en menos que entónces. Es lo cierto que hace ya más de un siglo que la gente principal no se dedica á estos ejercicios, sea por haberse pasado la costumbre, sea porque la civilizacion considera indigno de gentes que se precian de poseerla un ejercicio tal.

Plegue á Dios que el vulgo, que aún no le desdén, no tarde mucho en considerarle tambien indigno de sí, cesando unas fiestas que si guardan la tradicion de las aficiones de nuestros antepasados, son tambien enemigas de toda cultura, poniendo en innecesario trance y peligro de muerte á muchos hombres, destruyendo cantidad de útiles animales que en la industria y en la agricultura pudieran prestar servicios incalculables, ó por lo ménos dejarían de servir, como hoy, de sangriento espectáculo que endurece el ánimo y apaga en él los dulces sentimientos de la compasion y ternura, acostumbriendo á los ojos á la destruccion y á la matanza.

JULIO MONREAL.

¡PAVOS! ¡PAVOS!

FANTASÍA DE NOCHE-BUENA.

Era el 24 de diciembre de 18... Acercábase la noche, y el sol, envuelto en un amplio paletot de nubes, descendía hácia el ocaso despues de haber cumplido lo peor posible su tarea; es decir, que se hallaba media tierra en ese delicioso crepúsculo vespertino, encanto de los poetas y de los cazadores de modistas, y otra media en aquel otro matutino crepúsculo, tambien adorado por los sacerdotes de Apolo y por los aficionados á las diversas variedades del género *fregona*. Caía una copiosa nevada, aguinaldo que con espléndida mano suele prodigar la Divinidad á la humanidad en el aniversario de su nacimiento, sin que la abundancia y excesiva frescura de sus copos fuera parte á privar á los mortales del solaz apacible que en tales dias ofrecen las diversas manifestaciones del fervor religioso combinado con el fervor báquico.

Aburrido y meditabundo como de costumbre, hallábase sentado al lado de bien provista chimenea escuchando la suave cadencia del almirez que anunciaba en mi cocina la composicion de la indispensable sopa de almendra, que unida al no ménos necesario besugo, constituye la frugal colacion con que los buenos cristianos celebramos el nacimiento del que fundó la más espiritualista de las religiones. Cruzaban por mi mente pensamientos varios, más ó ménos referentes á la solemnidad del dia. Afanábase por buscar la explicacion de las ceremonias con que ésta se celebra, sin que alcanzara á darme cuenta de las razones que á la humanidad asisten para conmemorar el nacimiento del enemigo más declarado de toda sensualidad con festines babilónicos y libaciones abundantes. Méenos comprendia aún que reservándose en tales ocasiones para los monarcas de la tierra las más regaladas melodías ejecutadas por las más hábiles orquestas, se obsequiase al monarca del cielo con abominable concierto de almireces, cencerros, rabeles, chicharras, zambombas y tambores; y pregun-

tábame si habria alguna secreta tendencia internacionalista en esta inmensa cencerrada y en esa no ménos inmensa bacanal con que el fervor católico manifiesta en tal dia sus místicos arrobamientos.

Mas lo que sobre todo encarecimiento preocupaba mi mente, era averiguar la razon de que en esta época se verifique la terrible hecatombe de pavos que la caracteriza, y devanábase los sesos para escudriñar el simbolismo de este sacrificio.

Comprendo perfectamente, me decia, que el pueblo de Israel enviase al desierto aquel célebre macho cabrío que tomaba sobre sí todos los pecados de la raza. No hacia en ello otra cosa que sacrificarse simbólicamente á sí mismo, pues aquel pueblo tan testarudo de un lado y tan sufrido de otro, no dejaba de tener semejanzas con el animal en cuestion. Se explica igualmente que los romanos sacrificasen toros, porque dado el prodigioso desarrollo del amor libre en aquellos tiempos, todo individuo del pueblo-rey, forzosamente habia de participar de la naturaleza taurina. Pero que la humanidad moderna sacrifique al pavo, no tiene posible explicacion.

¿Será que el pavo sea símbolo de la humanidad y que al sacrificarlo se sacrifique á sí misma? me preguntaba. Pero no; precisamente acababa de leer por la décima vez una elocuente disertacion de un filósofo alemán sobre la humanidad; disertacion de la que no habia logrado entender una sola palabra, y de ella á fuerza de titánicos trabajos habia sacado en limpio que *el ser racional finito* es un compendio de todas las perfecciones imaginables. Y sin embargo, el extraño pensamiento ántes enunciado se apoderaba insensiblemente de mi espíritu.

¿Qué es el pavo? volvia á preguntarme. Es un animal gloton, vanidoso, que pasa su tiempo en hacer la rueda y á quien se lleva por manadas al matadero. ¿Por ventura, no es el hombre lo mismo?

Es gloton: devórale una doble gula, material y espiritual. Su gula material sacrifica millares de inocentes animales y de no ménos inocentes plantas: su gula espiritual, gula de poder, de riqueza, de vanagloria y de fausto, sacrifica los pueblos, las reputaciones, las virtudes, los sentimientos, la conciencia. Un conquistador es un devorador de pueblos; un político un devorador de presupuestos; un libertino, un devorador de honras; una coqueta, una devoradora de corazones; una buscona, una devoradora de bolsillos; si, pues, la glotonería distingue al pavo y caracteriza al hombre, este es un pavo con conciencia; es decir, el más culpable de los pavos.

El pavo es vanidoso y significa su vanidad haciendo la rueda. ¿Y qué es la vida de la mayor parte de los hombres, sino una perpétua rueda de pavo? El político que á fuerza de intrigas llega al poder y se reputa grande hombre porque sustituye la idea con el cabildeo, la teoría digna con la práctica impura, la viril elocuencia con la palabrería hueca; el literato que se juzga un génio porque acierta á combinar en unos renglones iguales una coleccion de vaciedades pueriles; el monarca que se cree de naturaleza divina porque la casualidad le puso al frente de un pueblo indigno de gobernarse á sí mismo, y le confió la grave mision de firmar decretos que no entiende ó nombrar ministros que le engañen; el hombre del pueblo que no aspira á recoger como fruto del honrado trabajo la economía y el bienestar, sino que hace ostentoso alarde de sus harapos y de su miseria; el aristócrata que funda sus méritos en descender de un bandido feudal y en manejar con habilidad una yegua inglesa; la mujer elegante que se cree encantadora porque sabe despojar su corazon de todo sentimiento y matar la fé y la esperanza de sus amantes con la sonrisa en los labios: todas estas formas diversas de la vanidad y de la ineptitud, todos estos ejemplares de la humana especie ¿qué son sino pavos que hacen la rueda, rueda de vistosas plumas que representan otros tantos pedazos arrancados á la dignidad y á la conciencia?

De esta suerte mi loca fantasía íbame acostumbrando á la idea de considerar la humanidad como una inmensa manada de pavos conducida al matadero; y de tal modo esta idea se apoderaba de todas mis potencias, que perdiendo por completo el sentimiento de la realidad, aparecia ante mis ojos manada infinita de hombres que parecian pavos (cuando no pavos que parecian hombres), conducida al sacrificio por esa minoría de locos ó de perversos que por tutores y guías suelen tomar los hombres.

¿Qué es, decia en mi delirio, aquel ejército que á tambor batiente y banderas desplegadas se dirige al sangriento campo de batalla á vengar los agravios inferidos por un mónstruo que se llama emperador á otro mónstruo que se llama rey, sino una imbécil manada

de inocentes pavos, conducidos por un fantasma que se apellida *gloria*, á una realidad que se apellida *muerte*?

Aquella turba que un falso profeta guía, prometiéndola voluptuoso paraíso ó místico aniquilamiento, ¿es otra cosa que una manada conducida á ese abismo que se llama *teocracia*? Y aquella otra que anhelando un eden terrestre prometido por otro profeta, si ménos místico que el primero, no ménos impostor, vuela á perecer en las barricadas ó en los cadalsos, manada es llevada á la *anarquía* á nombre de la *utopía*; y lo es la que corre tras el fantasma que se llama *amor* y encuentra la realidad que se nombra *desengaño*; y lo son, en suma, todas aquellas que, conducidas por las pasiones, por las ilusiones y las esperanzas, vienen á parar, crédulas, confiadas y vanidosas, al fondo de ese horrible abismo que se llama *realidad*.

Á tal punto llegaba de mis elucubraciones, cuando la voz de mi criado me despertó anunciándome que la comida se enfriaba. Volví en mi acuerdo, aún mal repuesto de mi horrible pesadilla, miré hácia la calle: sobre la nieve se veia discurrir multitud de pavos que caminaban gozosos á la muerte.

Recordé entónces mi sueño, y al escuchar el acento estentóreo del pavero que gritaba: *¿Quién compra pavos, pavos?* Creí oír un eco burlon que repetía: *¿Quién compra hombres, hombres?* y señalando á las inocentes aves, exclamé con asombro de mi criado, que sin duda en aquel momento me juzgó loco: *¡Una manada de pavos, eso es la humanidad!*

AHRIMAN.

24 diciembre 1871.

RODELA DE CARLOS V.

Consérvanse en la real Armería de Madrid varios escudos que pertenecieron á Carlos V, algunos magníficos, y entre éstos el llamado *Escudo de Minerva*, cuya copia publicamos hoy en la primera plana de nuestro periódico. Diremos algunas palabras para describirle, siguiendo, como en otras ocasiones análogas, al ilustrado autor del catálogo oficial de dicho Museo.

Esta hermosísima pieza, que tiene por ombligo la cabeza de Medusa, signo distintivo del escudo de Minerva, perteneció, como ya hemos dicho, al emperador Carlos V, segun lo demuestra la presencia de sus armas en la orla, en la cual hay cuatro rombos con la inscripcion IS TREMOR QUOD VIRTUS ANIMO ET FORTUNA PARET. La expresiva cabeza de la Górgona, de alto relieve, está alada, como suelen representarla algunas veces. El brocal y el centro aparecen laureados y las letras y adornos son de oro damasquinado. Interiormente tiene la siguiente inscripcion: PHILIPUS JACOBI ET F. NEGROLI FACIEBANT MDXXXI. Pesa diez libras y dos onzas. Diámetro dos piés y dos pulgadas.

X.

LOS PRÍNCIPES DE GALES.

El interés que ha despertado recientemente no sólo en la Gran-Bretaña, sino en todos los pueblos, el príncipe de Gales, atacado de una cruelísima enfermedad, de una fiebre tifoidea, que ha puesto en inminente peligro la vida del heredero de la corona de Inglaterra, nos ha movido á publicar en el presente número su retrato y el de su augusta esposa.

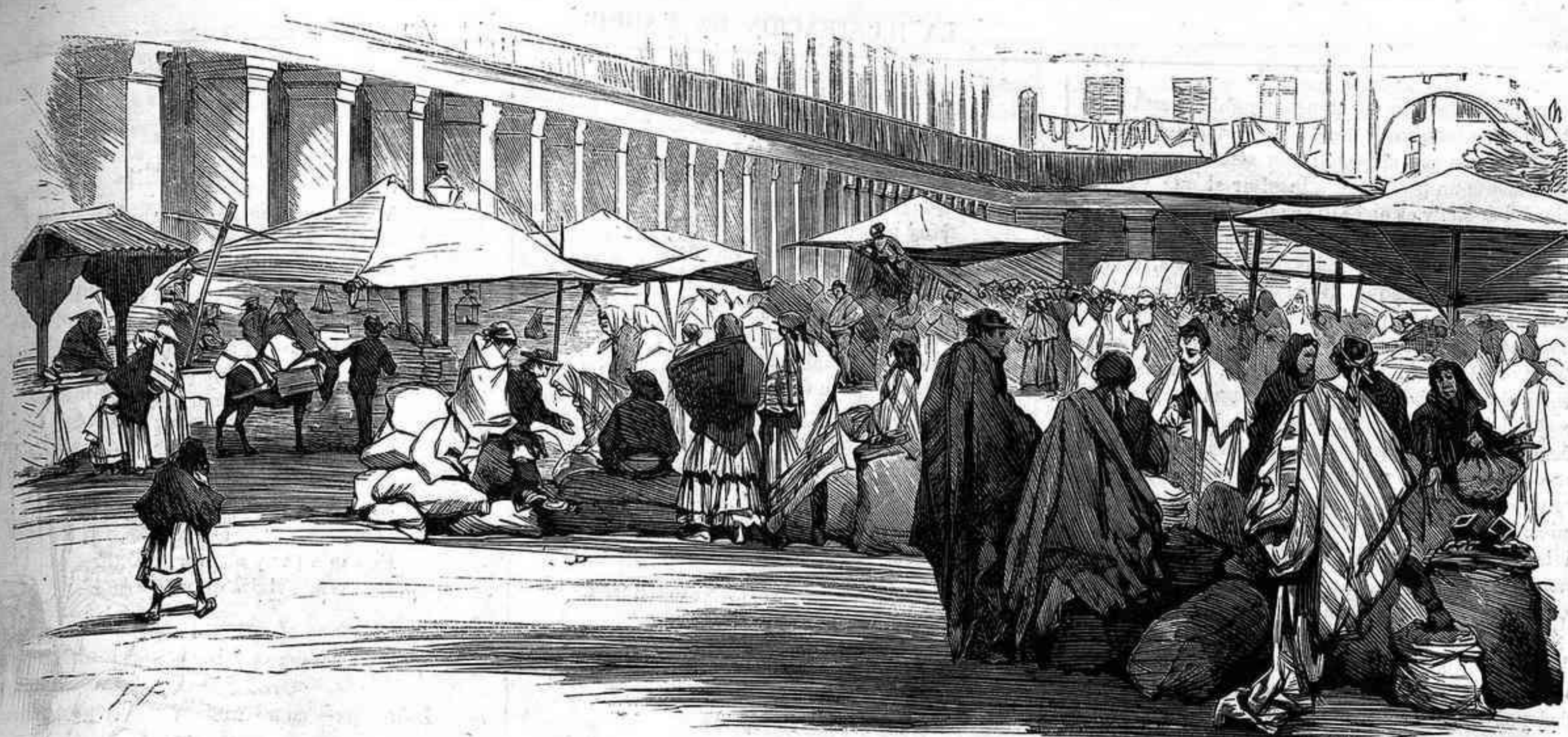
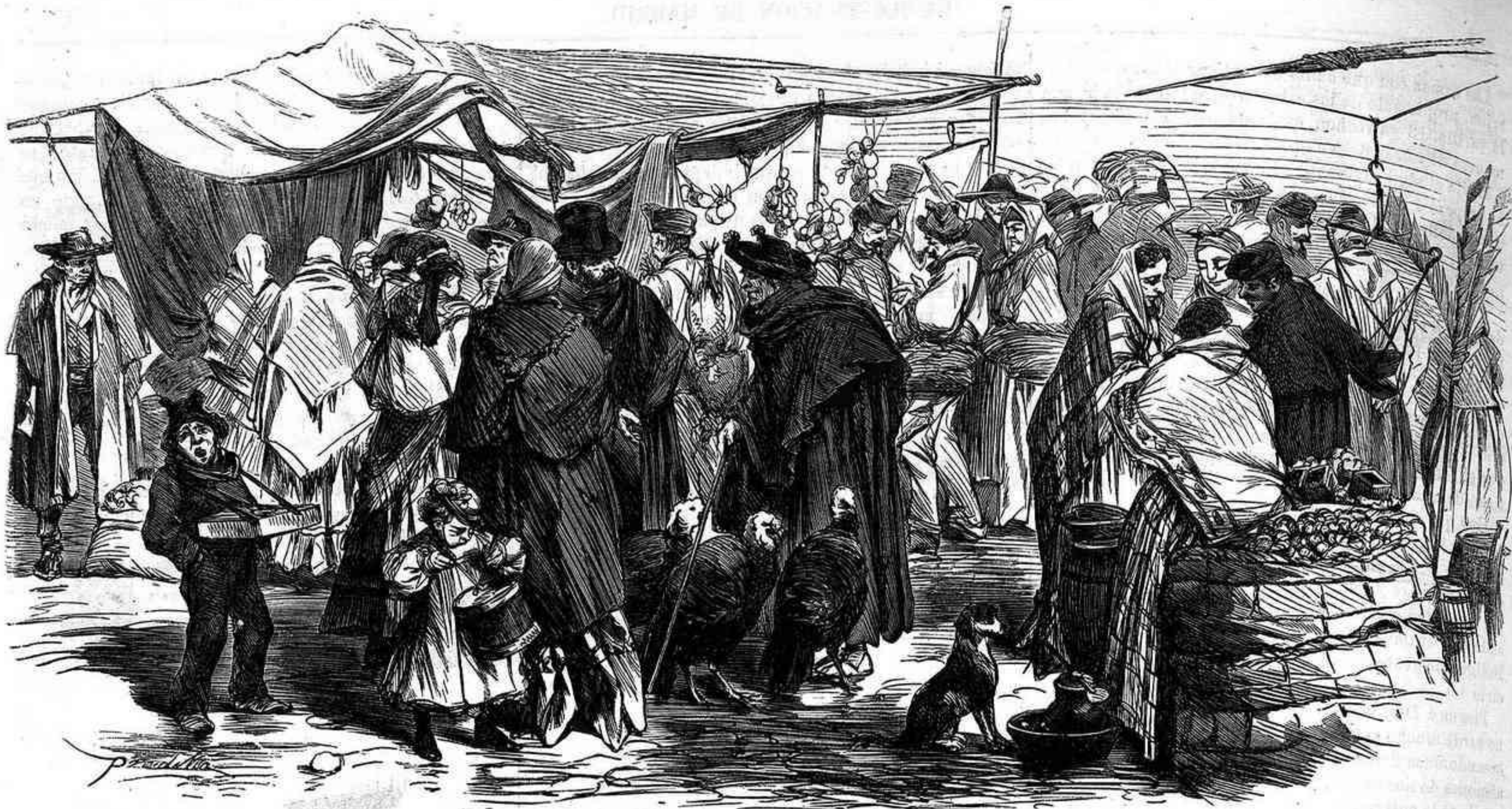
Alberto Eduardo, príncipe de Gales, duque de Sajonia, de Cornwall y de Rothesay, nació el dia 9 de noviembre de 1841 y contrajo matrimonio el 10 de marzo de 1863 con una princesa dinamarquesa, con Alejandra, Carolina, María, Carlota, hija del soberano reinante en Dinamarca, Cristian IX, señora en la que compiten la virtud y la belleza, y que acaba de cumplir, el 1.º de este mes de diciembre, 27 años.

Ligerezas de carácter y extravíos de la mocedad, de los cuales se ha ocupado la prensa europea más de una vez, habian enagenado al príncipe de Gales alguna parte del prestigio y de la popularidad que debe gozar el que ha de regir algun dia los destinos de una gran nacion; pero desde el momento en que el pueblo inglés vió amenazada la vida de su joven príncipe, no se acordó de otra cosa que del peligro que corria y de la influencia que en el sensible caso de una desgracia podria ésta ejercer en las instituciones, en la tranquilidad y en el porvenir del país.

Nunca, ni en ningun pueblo, se ha manifestado interés más vivo por la vida de un príncipe, ni se han dado pruebas más ostensibles ni generales de monarquismo.

(Lib. 25, cap. XVIII). En la comedia de Tirso de Molina *Amar por razon de estado* (Ac. I. Es. VI.) dice Enrique:

¿Para qué tan cuidadoso
Las artes me han enseñado
Liberales? ¿Para qué
El hacer mal á un caballo,
Saber jugar el acero,
Acometer un asalto? etc.



COSTUMBRES POPULARES DE MADRID MAYOR EN LA NOCHE-BUENA.

Bien puede decirse que la atención pública está pendiente en estos momentos de la enfermedad del príncipe de Gales; y es que allí nadie se atreve, como dice oportunamente un periódico, á insultar al que yace en el lecho del dolor; y es que allí encuentran respeto todos los infortunios; y es que el pueblo inglés, eminentemente sensato, rindiendo culto á sus instituciones, hermanando la tradición con la libertad, presiente adónde pueden conducirse la propaganda de Dilke y los extravíos que dominan con abrumador imperio en otras partes. Por eso la multitud silenciosa, compuesta de todas las clases sociales, rodea constantemente, de día y de noche, la casa del ilustre enfermo, y los boletines de los médicos se fijan en las esquinas de las calles, en las puertas de las tiendas y en los edificios públicos, y se leen en las plazas, en la Bolsa, en los teatros y en los templos.

Si la virtuosa princesa de Gales abandona por un momento la cabecera de su esposo para ir al templo á orar, encuéntrase rodeada de personas que oran como ella y por el mismo motivo. La reina prosternada al pié del lecho de su primogénito; los ministros pidiendo al arzobispo de Cantorbery nuevas oraciones para invocar al Todopoderoso, no son para nadie, como tal vez lo serian en otras partes, objeto de burla; y católicos, luteranos, calvinistas, metodistas, anglicanos é israelitas piden al Sér Supremo que conserve la vida del futuro soberano de Inglaterra: ¡oh qué ejemplo! Ya lo hemos dicho: es que aquel pueblo, el más libre de todos los del mundo, tiene el valor y el buen sentido de no renegar ni de su historia, ni de su pasado, ni de su gobierno, ni de Dios.

X.

16 Diciembre 1871.

LA NOCHE-BUENA DEL CESANTE.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Desde que un fiero ministro
Me arrebató en Noche-Buena,
Por complacer á un sobrino,
Mi oficio de sanguijuela,
Escucha cómo en mi casa
Los tígres que me rodean,
De aquel suceso en memoria,
Celebran la buena nueva.
Así que cierra la noche
Se cierra también la puerta,
Con tranca, llave y cerrojo,
Por no morder al que venga;
Y así que en familia estamos
Con libertad y franqueza,
Comienzan para nosotros
Los goces de Noche-Buena.
Nos sentamos en la sala
Mohinos, formando rueda,
En torno á una mesa coja
Y á la luz de una candela.
Nos miramos de reojo,
Como gente que desea
Que alguno rompa el silencio
Para armar la pelotera.
Si alguno chista hay camorra;
Mas si nadie arma la guerra
Las caras, de pura bilis,
Se nos ponen verdinegras.
Entonces el más bravío
Da un puñetazo en la mesa,
Con lo cual y un ¡voto á Cristo!
Se desata la tormenta.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Dispuesta así la batalla,
Comienzan las indirectas;
Cada mirada es un dardo,
Cada lengua una lanceta.
Y despues de estos preludios
Con que el coraje se templá,
Ya cada cual sin empacho
Se desata á su manera.
Son emboscadas terribles

La cocina y la despensa
Donde aguza en el vacío
Sus dientes alguna fiera;
Y si hay algun imprudente
Que pise aquellas tinieblas,
Muy pronto ó coz ó mordisco
Le advierte de su imprudencia.
No hay palabra aquella noche
Que no arme una pelotera,
Ni se levanta una mano
Que no salte alguna muela.
Al que estornuda es costumbre
Responderle: ¡Así te mueras!
Y llamar mándria al que tose
Porque de tos no revienta.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si por ventura á los naipes
De pura murría se juega,
No hay brisca sin repelones,
Ni tuté sin morisqueta.
Todo encontraron es de muerte,
Y todo paso comienza
Midiendo el suelo, y acaba
Midiendo unas posaderas.
Nadie duerme aquella noche
Sin taparse la cabeza,
Porque una vez por minuto
Hay vuelo de candilejas;
Y es fácil que el imprudente
Que descuida la defensa,
Anochezca con narices
Y se levante sin ellas.
Y como es tanta la bilis
Que se cria en Noche-Buena
Y aún nos queda al otro día
Para amenizar la fiesta,
El primero que madruga
Es el primero que pega,
Y así compensa las horas
Que ha pasado en abstinencia.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si se nombran, por acaso,
Belen, pesebre ó estrella,
Todos los nervios se irritan,
Se enarcan todas las cejas.
Quien pide leche aquel día
Comete grave imprudencia,
Porque recuerda la vaca
Y al cabrero que la ordeña.
Por ser tocayo de un Mago,
(Aunque es mi amigo de veras)
Nadie á Melchor esa noche
Le abre en mi casa la puerta.
Si por azar van de parto
La vecina ó la portera,
Primero muere en el trance
Que acuden á socorrerla.
Si á misa del Gallo tocan
Es de ver como las hembras,
Como gallinas en celo,
Patullan y cacarean.
En oyendo una zambomba
Saltamos como panteras
En busca del foragido
Que insulta nuestra miseria.
Si lo que suena en la calle
Es atabal ó trompeta,
Al punto toda la casa
Se levanta en son de guerra,
Y hasta que el eco se pierde
De aquella música fiera,
Van las sillas por el aire
Y por el suelo las mesas.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Tras de estos aperitivos
Viene de molde una cena
Compuesta de pan y queso
Por no quebrantar la regla.
Cada cual toma lo suyo,
Y escondido en su huronera
El pan á un tiempo y la rabia
Devora como una hiena.
Por raro asombro en mi casa
Se acaba una Noche-Buena
Sin que se salte algun ojo
Ó se quiebre alguna pierna;
Y hubo noche memorable
En que al terminar la fiesta
Se me cenaron un brazo
Entre mi esposa y mi suegra.
Si esto no es lo que se llama
Celebrar la Noche-Buena
En santa paz y alegría,
Que venga el diablo y lo vea.

Morena, me pides cena:
Oye, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

Si de esta salgo con vida,
Que no es fácil que suceda,
Y el dulce pan de la patria
No vuelve á abastar mi mesa,
Me iré á vivir á un desierto
Donde entre montes y breñas,
Buscando por compañía
Los lobos y las culebras,
Para ejemplo memorable
De españolas sanguijuelas
Escribiré mis desdichas
Con la tinta de mis venas.

Morena, me pides cena:
Ya ves, morena,
Lo que pasa en mi casa la Noche-Buena.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

EL JORDÁN, EL ÁRBOL DE ABRAHAM Y LA MEZQUITA DE OMÁR.

Hemos creído que en estos días en que la Iglesia conmemora y celebra el nacimiento del Hijo de Dios, nuestros suscritores verían con gusto, fiel y expresamente copiados para LA ILUSTRACION DE MADRID, algunos de los lugares y monumentos de esa Tierra Santa en la que tuvo su cuna la religion del Crucificado; hé aquí por qué damos hoy á la estampa los grabados que aparecen en las páginas 380 y 381, hechos sobre los dibujos que se ha servido remitirnos el señor conde de Casa-Sarria, cónsul de España en Jerusalem.

El rio Jordán (Eschergah), nace al pié del D'Jible-Cheikh, pasa por el lago Tiberiades, y despues de recorrer cuarenta leguas, desemboca en el mar Muerto. La hermosa llanura que baña con su mansa corriente es el Eden de la Palestina, y los viajeros se apresuran á visitar el sitio en que San Juan bautizó á Jesús. Los griegos ortodoxos acuden en peregrinacion, formando grandes masas y guiados por un religioso, al lugar que representa nuestro grabado, y allí, despues de celebrarse el sacrificio de la misa bajo el techo de una modesta y sencilla tienda de campaña, todos entran en el rio y se sumergen en sus aguas con fé vivísima, con esa fé que se despierta en el corazón de los cristianos que visitan los Santos Lugares y que se ha conservado en toda su pureza á través de los siglos.

Conócese con el nombre de *Arbol de Abraham* una añosa y robusta encina que hay cerca de Hebron, en cuya ciudad, llamada en árabe Khadil y Kabo-Ibrahim, se conservan los sepulcros de los antiguos reyes de Judea. La tradicion asegura que Abraham recibió á los tres ángeles á la sombra de este soberbio árbol, el más hermoso de su especie; el tronco mide una circunferencia de 7 metros, y algunas de sus airoas ramas, que se extienden horizontalmente, tienen hasta 16 metros de longitud. La encina de Abraham y el espacioso terreno que sombreá su espléndido follage, han sido adquiridos por los rusos, que han comenzado á construir un edificio para albergar en él á los peregrinos que en gran número van á contemplarla.

La Mezquita de Omár. Treinta y siete años despues de la muerte de Jesucristo, Tito destruyó el célebre

templo de Salomon y sobre sus ruinas edificó el califa Omár, en el 636, una mezquita que llevó su nombre y también el de Koubbet-es-Sakhah; cincuenta años después fué ésta demolida por Abd-el-Melek-iben-Meroucin, pues fué ésta demolida en el mismo sitio la magnífica que é hizo construir en el mismo sitio la magnífica que ahora existe, y que es sin duda alguna el monumento más grandioso que en su género se conoce, y, después de la Meca, el más venerado por los musulmanes. Ningún cristiano podía penetrar hasta hace poco tiempo en esta mezquita; pero en el día, desde la última guerra de Oriente, no es difícil obtener el necesario permiso para visitarla, cuyo permiso lo concede el Bey por mediación de cualquiera de los cónsules de las diversas naciones que tienen agentes acreditados en Jerusalem. En ella está la piedra sagrada en la cual se dice que reclinó su cabeza el Patriarca Jacob, y en la que los turcos pretenden divisar señales del pie de Mahoma, que, según ellos, se colocó sobre esta piedra al hacer su ascension al cielo.

X.

El distinguido escritor D. Pedro Antonio de Alarcón publicará dentro de breves días una colección de sus mejores artículos, entre los cuales figura el muy notable que damos á continuación.

LA NOCHE-BUENA DEL POETA.

«En un rincón hermoso
De Andalucía
Hay un valle risueño...
¡Dios le bendiga!
Que en ese valle
Tengo amigos, amores,
Hermanos, padres.»
(De *El Látigo*.)

I.

Hace muchos años ¡como que yo tenía siete! que al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Noche-buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día del de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

II.

Eran ya las *Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid: á mil leguas del mundo: en un pliegue de Sierra-Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos! Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y, entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, apesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¡Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho de Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Noche-buena
Y mañana Navidad;
Saca la bota, María,
Que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento: los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas,

el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la misa del Gallo á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

Apesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquel un rapto de intuición impropia de mi edad, fué un milagroso presentimiento, fué un anuncio de los inefables tédios de la poesía, fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa los tristísimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Noche-buenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento: la infancia de mis padres, la primera *Noche-buena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Noche-buenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes; mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba; y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corríeron juntas por consiguiente mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Al cabo debí de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la misa del Gallo, la de los *Pastores* y el sorbete proyectado.

III.

¡Dónde está mi niñez?
Páreceme que acabo de contar un cuento.
¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!
Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos.
Aquel arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noche-buenas*.
Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada ménos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted!!!*

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío por fuera, y hasta lanzo una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV.

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Noche-buena,
Y no es noche de dormir;
Que está la Virgen de parto
Y á las doce ha de parir.

¡Dónde pasaré la noche?
Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de diciembre de 1855, en Madrid.

Conocemos por sus nombres á los mozos de los cafés. Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos, semidioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan la mano entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos y estamos iniciados en la alquimia que los produce.

Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que al crepúsculo de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros... vosotros... ¡reventad de envidia como yo reviento de placer!

V.

Han pasado dos horas.
Son las nueve de la noche.
Tengo dinero.

¡Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

«¡La noche es de vino!» exclamaban hace poco.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar Rojo de la juventud.

«La noche es de lágrimas» les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los honrados madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer, ¡porque ya no cenamos!... Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Noche-buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la religión que me enseñaron cuando niño!

VI.

¡Ah! Madrid es una posada.
En noches como ésta se conoce lo que es Madrid.
Hay en la corte una población flotante, heterogénea,

exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonrada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inútil por un empleo.

Y el sábio, el inventor, el cómico, el gigante, el ena-

familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La casa existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra.

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando ménos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos.

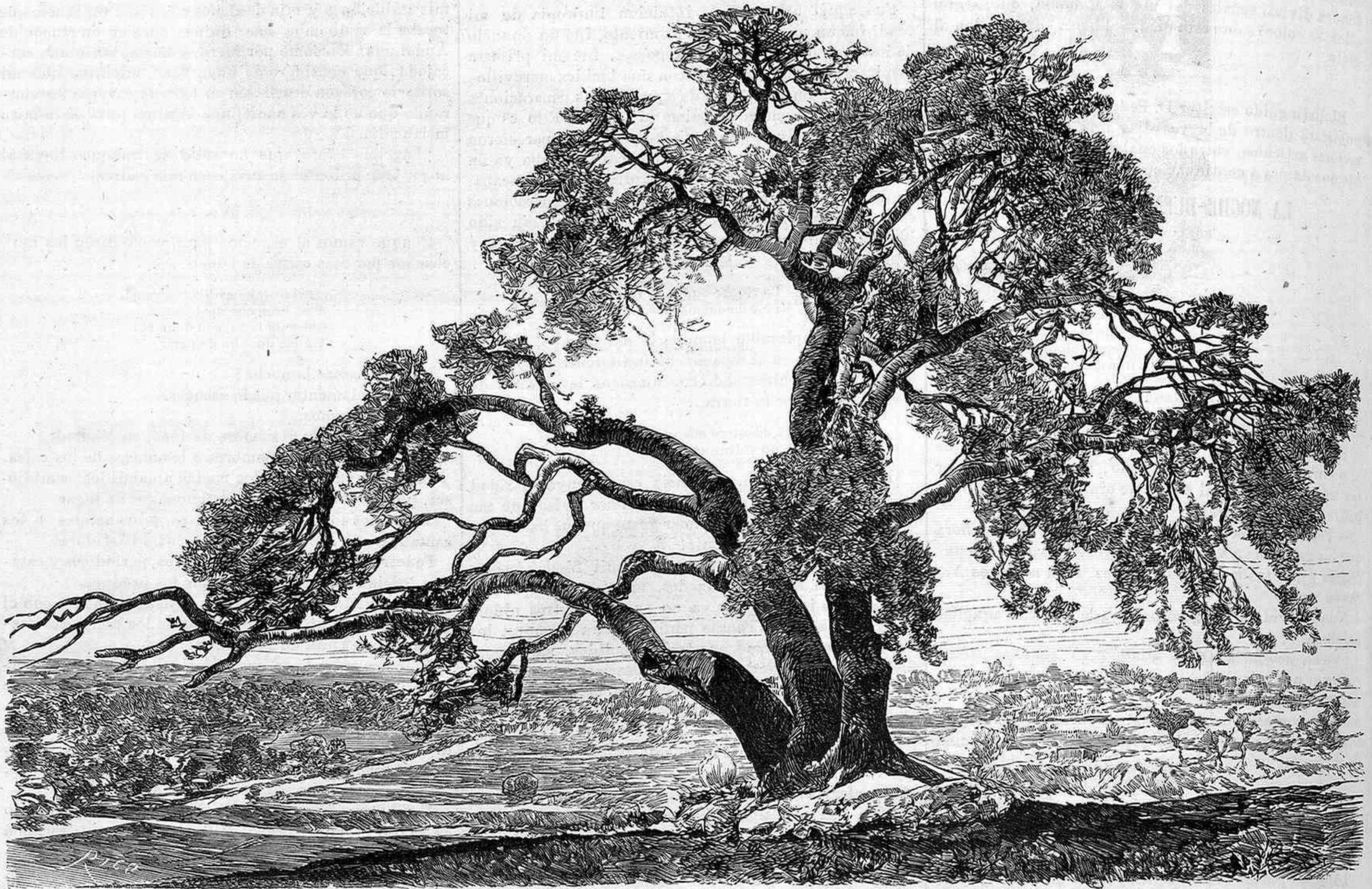
En Madrid, se muda de casa todos los meses, ó cuando ménos, todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida... conserva nuestras huellas...

En Madrid, se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno, en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos-pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?... decidme... ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol y hierro, que se vende en las tiendas al



ÁRBOL DE ABRAHAM,

no; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el mónstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatan y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quien los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieron...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa.

Es más: ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

VII.

La casa, aquella mansion tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la casa, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio; el yerbo patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos... y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa, á criar una nueva prole...

por mayor y al por menor, y hasta se alquilaría en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡Hé aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡Hé aquí vuestro hogar, madrileño! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

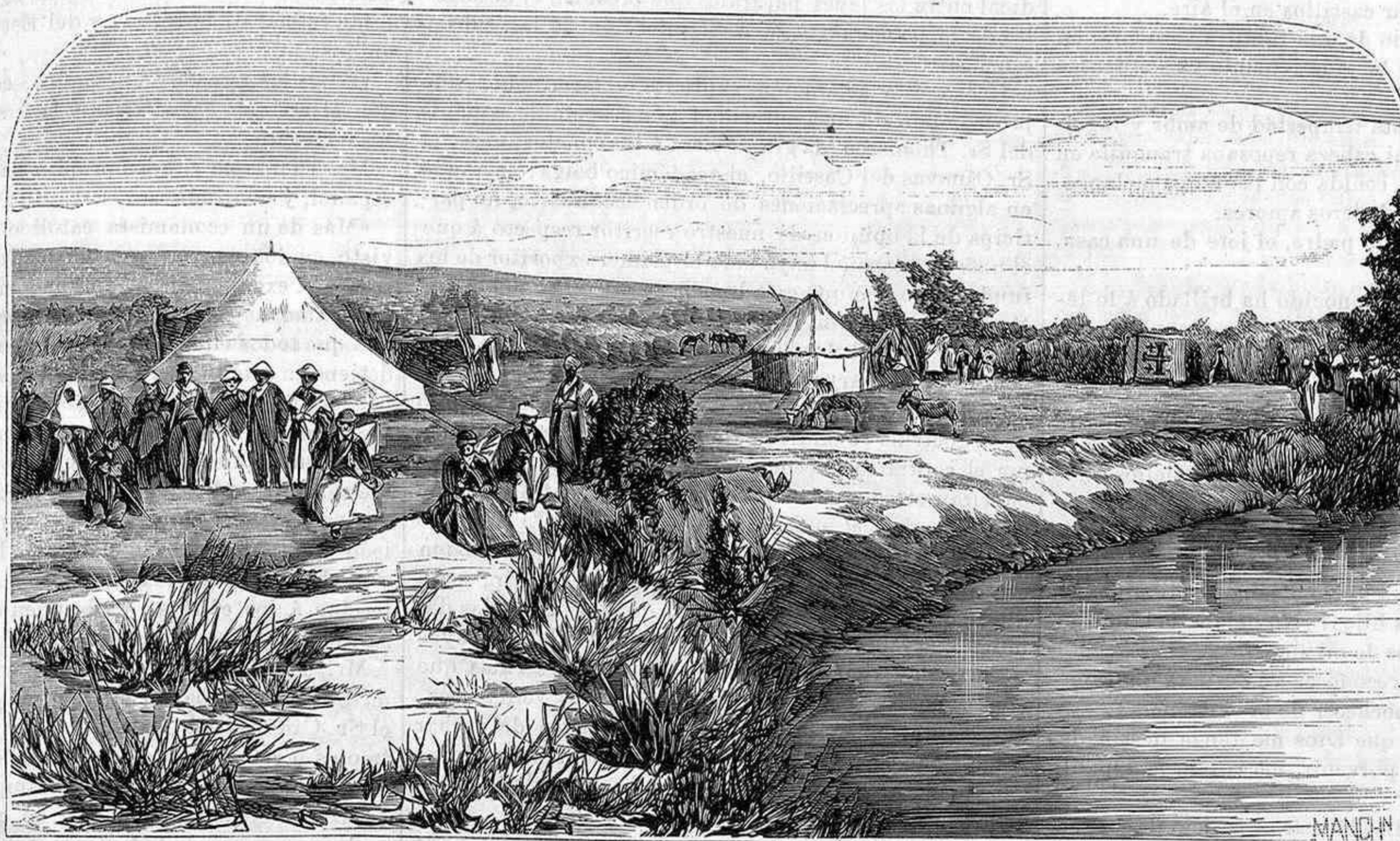
VIII.

He pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

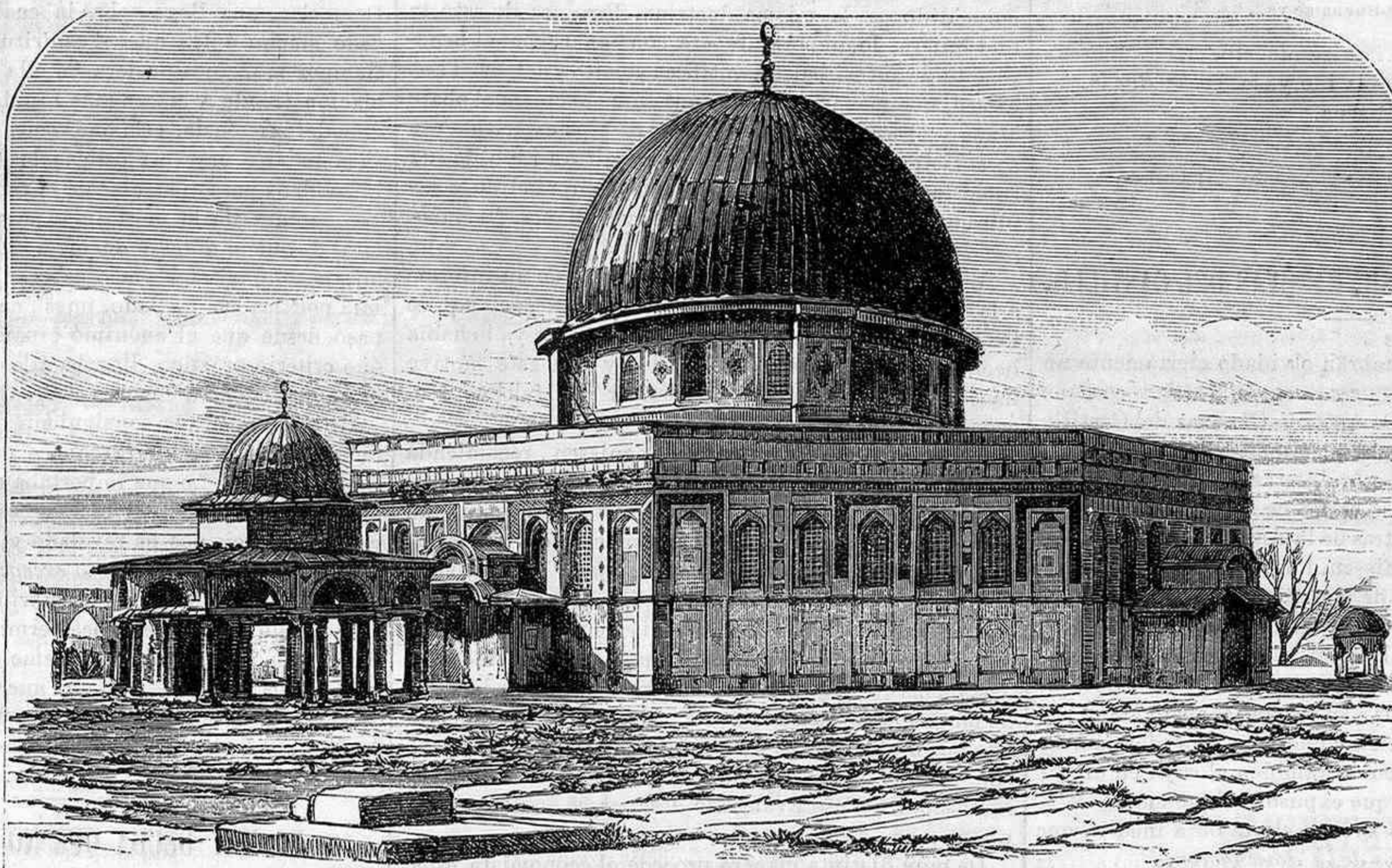
La Noche-buena se viene,
La Noche-buena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

—Hé ahí, me he dicho, una casa, un hogar, una alegría, un amor, una sopa de almendra y un besugo que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado manto, y otro más grande, cogido de la mano. Ambos lloraban, y la madre también.



EL JORDÁN.



MEZQUITA DE OMAR.

IX.

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, ¡la hora del Nacimiento!

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por la primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid, lucha en que sacrifica á una vana ambicion tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando sueltos, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy artículos de fondo para rehabilitar un partido y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

¡Hallo tantas espinas
En mi jornada,
Que el corazon me duele,
Me duele el alma!...

¡Hé aquí mi *Noche-Buena* del presente, mi *Noche-Buena* de hoy!

Luégo he tornado otra vez la vista á las *Noches-Buenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de ménos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañon de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: "¡tal año estaba aquí!" á otros "¡dónde estará ahora?..."

¡Ay! ¡No puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Si: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo.. Pero ¡ay otra vez y ay cien mil veces! yo siento en mí una fuerza so-

brenatural que me lleva hácia adelante y que me dice: "¡tú serás!" ¡Voz de maldicion que estoy oyendo desde que yacia en la cuna!

¡Y qué he de ser yo, desdichado? ¡Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos,
Y no volveremos más.

¡Ah! yo no quieroirme: yo quiero volver: inmolo demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte... ¡No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

La Noche-Buena se viene...

¡Ah! ¡Sí! ¡Vendrán otras *Noches-Buenas!* me he dicho reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Noches-Buenas* de mi porvenir.
Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á los ojos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada, esa desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No; no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La Noche-Buena se va...

Y me quedé dormido... quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Noche-Buena*.

Era el primer día de Pascua.

1855.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

MR. THONISSEN Y EL SR. CANOVAS DEL CASTILLO.

Nuestros lectores no habrán olvidado ciertamente un artículo intitulado *Otro precursor de Malthus* con que el eminente publicista D. Antonio Cánovas del Castillo ha honrado há poco tiempo las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID *. En este interesante trabajo el señor Cánovas, al hacerse cargo de un erudito estudio leído en la sección de letras de la Academia Real de Bélgica, por Mr. J. J. Thonissen, uno de los más ilustres y respetables individuos de aquella sabia corporación, demostrando que un escritor belga, el abate Manu, había precedido á Malthus en la exposición de los fundamentos esenciales de su célebre teoría sobre el desarrollo de la población, demostraba á su vez que el abate Manu, citado por el Sr. Thonissen como precursor del famoso economista inglés, ha tenido también el suyo en un escritor anónimo español que expuso ya la misma doctrina á mediados del siglo XVII en cierta obra inédita que lleva por título: *Arcanos de la dominación*.

El trabajo del Sr. Cánovas del Castillo, y los datos importantes que con él ha suministrado á la historia de la ciencia económica, no han podido pasar desapercibidos para el Sr. Thonissen; y el erudito académico belga, en un informe dirigido á la ilustre corporación ántes mencionada, é impreso en el boletín de la misma, que nos remiten de Bruselas, se ocupa exclusivamente del artículo publicado en LA ILUSTRACION DE MADRID, en términos muy lisonjeros para su autor, y por consecuencia para el periódico que se honra con la colaboración del Sr. Cánovas. En este concepto no podemos escusarnos de dar á conocer á nuestros lectores las apreciaciones del sabio belga, que, por otra parte, ofrecen un interés científico incuestionable.

En el informe mencionado, el Sr. Thonissen reconoce "que el Sr. Cánovas del Castillo ha defendido perfectamente su tesis, y que el autor de los *Arcanos de la dominación* no sólo se ha separado radicalmente de la opinión dominante en sus tiempos, que fundaba en el guarismo elevado de la población la felicidad, la fuerza y la gloria de los pueblos, sino que ha dado un paso mu-

cho más grande, indicando claramente la diferencia radical entre las leyes naturales que presiden el desarrollo de la población y la multiplicación de las subsistencias."

Hecha esta aclaración explícita y terminante, que procediendo de una autoridad tan respetable como la del Sr. Thonissen, da gran fuerza á las conclusiones del Sr. Cánovas del Castillo, el académico belga, entrando en algunas apreciaciones de orden secundario, no participa de la opinión de nuestro escritor respecto á que el anónimo español haya sido el primer expositor de los fundamentos en que está basada la doctrina del abate Manu y la teoría de Malthus. "No repetiremos, dice á este propósito el Sr. Thonissen, con el sabio colaborador de LA ILUSTRACION, que la ley de vida haya sido formulada en primer lugar por el economista anónimo cuya doctrina reivindica para gloria de su patria. Antes por el contrario, creemos que tarde ó temprano se descubrirán otros muchos precursores del ilustre autor del *Ensayo sobre el principio de población*. El error se propaga á veces y se arraiga con tal fuerza y extensión que parece irresistible; pero es preciso añadir, para gloria del hombre, que en medio de estas tinieblas del mundo moral, despuntan constantemente algunos rayos de luz. Hay siempre algunas almas privilegiadas que conservan las ideas sanas, los principios verdaderos, las aspiraciones legítimas, y que después de luchar largo tiempo contra las aberraciones populares, alcanzan por fin la dicha de ver triunfar la causa de la razón y de la verdad."

En estas juiciosas reflexiones de Mr. Thonissen nada hay, en nuestro concepto, que disienta de lo dicho por el Sr. Cánovas del Castillo, pues este escritor, al decir que la ley de vida ha sido formulada primero por el anónimo español, por el abate Manu después y al fin por Malthus, no ha hecho más que determinar el orden de prelación entre los escritores que coincidentemente han coincidido en la misma doctrina. Pero sea de esto lo que quiera, lo importante era consignar, con el beneplácito de autoridades científicas como la del Sr. Thonissen, que más de seis años ántes que naciesen el abate Manu y el economista inglés, uno de esos espíritus que se anticipan al tiempo y hacen surgir un rayo de luz entre las tinieblas del error, había comprendido y explicado el fundamento de lo que hoy se llama el principio de población.

El Sr. Thonissen no deja de consignar en su informe á la Academia de Bruselas el carácter excepcional de las conclusiones del anónimo español, como ya lo había hecho el Sr. Cánovas del Castillo; y con este motivo hace un parangón entre el precursor de Malthus y el economista inglés.

"Cuando Malthus, dice Mr. Thonissen, recomienda el límite moral, sus razonamientos fríos no denuncian de ningún modo la pluma del pastor de una comunidad cristiana, es un calculador que aprecia, con la calma de un hombre de negocios, las ventajas y los inconvenientes del matrimonio y de la familia; es un inglés que determina, con la flemma propia de nuestros vecinos del otro lado de la Mancha, la suma de desventajas y desgracias que resultan, á su juicio, de la persistencia de una población exhuberante. Al proponer el remedio que juzga oportuno se dirige á la inteligencia, á la razón, al interés bien entendido de sus conciudadanos. El ministro del santo Evangelio desaparece aquí por completo."

De muy distinta manera procede el economista español, exhumado por el Sr. Cánovas del Castillo, y para el cual, el sabio, el economista, el hombre de Estado, son inseparables del católico fiel, profundamente penetrado de la santidad y de la eficacia social de los dogmas del cristianismo. Prodigia las citas bíblicas, las máximas piadosas; invoca las enseñanzas de la Iglesia, y sus ratiocinios no se despojan nunca de un carácter arraigadamente cristiano. Podríamos llamarle un economista místico.

El autor de los *Arcanos de la dominación* afirma, como Malthus, que la peste, el hambre, la guerra y las revoluciones aparecen donde quiera que el número de la población deja de estar en armonía con las fuerzas productoras del país: conoce, en una palabra, los hechos de reacción violenta y brutal que el economista inglés designa con el nombre de *obstáculos positivos*. También él quiere que el hombre, dotado de razón y de libertad, precave estas desgracias con prudencia, viviendo castamente, absteniéndose de fundar una familia mientras no posea los recursos necesarios para criar y educar, como conviene, á su descendencia; ó lo que es lo mismo, recomienda el límite moral. Pero así como Malthus se contenta con dirigir una excitación al buen sentido y al interés bien entendido de sus compatriotas, el autor es-

pañol propone que este límite moral sea el resultado de un conjunto de instituciones y de leyes, puestas bajo la égida tutelar de la Iglesia y del Estado, estrechamente unidos.

"Entre los remedios que indica, coloca en primera línea, el celibato eclesiástico y la fundación de numerosos conventos."

Mr. Thonissen cita las propias palabras del anónimo español, y continúa:

"Más de un economista católico de nuestro siglo ha visto en los conventos un remedio, siquiera parcial, contra el exceso de la fecundidad indefinida de la especie humana; pero el anónimo español, que ha ido más allá que todos ellos, más severo y más atrevido, no se detiene en este límite. Quiere que la ley, después de haber facilitado el celibato de los individuos de las congregaciones religiosas, dicte medidas eficaces para estimular en el mismo grado el celibato de un número inmenso de laicos. Adoptando y predicando la antítesis de los sistemas empleados por Ciro, Augusto, Napoleón I, y tantos otros monarcas de los tiempos antiguos y modernos, pide que los gobiernos concedan gran protección á los célibes, y abrumen con todo el peso de su disfavor á los hombres casados."

Mr. Thonissen continúa haciendo la crítica de los medios propuestos por el anónimo español, medios que el Sr. Cánovas del Castillo ha calificado de ineficaces, impíos ó extravagantes, y en los cuales el mismo economista del siglo XVII no veía tampoco una gran panacea contra el mal que trataba de combatir. La ciencia no la ha encontrado todavía, y como observa con mucha razón el Sr. Cánovas en el artículo de que se hace cargo el sabio académico de Bruselas, no son mucho más prácticos ni eficaces los remedios imaginados por los modernos economistas. En efecto, ¿cómo resuelve hoy la ciencia el pavoroso problema? Existe un mal social suspendido sobre la humanidad como otra espada de Damocles, una llaga sobre la cual se había puesto el dedo mucho ántes que el espíritu investigador de los tiempos modernos pusiera en ella el escalpelo: la población tiende á crecer más rápidamente que los medios de existencia. ¿En qué remedios confía la ciencia para atajar ó prevenir este mal? En la libertad de los individuos para apartarse de la reproducción, en la mayor rapidez de la mortalidad; es decir, en el hecho fatal de que el número de los hombres tiende á disminuir cuando faltan los medios de subsistencia. La economía política no ha dado, pues, en este punto un gran paso desde que el anónimo español, con mejor deseo que criterio práctico, llegaba á las violentas conclusiones que ha dado á conocer el Sr. Cánovas del Castillo.

No se trataba, por consiguiente, de discutir el valor de estas ideas, como lo reconoce muy juiciosamente el Sr. Thonissen. Lo que importaba era dejar consignado que en la doctrina del escritor español del siglo XVII, cuya existencia nos ha revelado el Sr. Cánovas, se encuentran todas las bases, sin excepción alguna, de la teoría de Malthus, y que el descubrimiento del publicista mencionado, como reconoce terminantemente el señor Thonissen al finalizar el informe de que con brevedad nos hemos ocupado, "es un nuevo jalón plantado en el vasto dominio de la historia, aún tan incompleta, de la filiación de las ideas económicas."

X.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuación).

María alzó un momento la cabeza y miró á lo largo de la veredita que nace al pié de su casa y vió llegar á Manolo que, á pesar de tener un carácter sobradamente duro, al verla se echó á llorar como un chiquillo, y

Cuando un hombre que es muy hombre
Las lágrimas deja ver,
Allá en el fondo del alma
¡Qué pena debe tener! *

—¡Manolo de mi alma! dijo María vertiendo un mar de lágrimas por sus ojos.

—¡María, corazoncito mío, no llores!... respondió aquel casi sin poder articular palabra; y reponiéndose un poco continuó: María de mi corazón, mira que necesito valor, y si te veo de ese modo me va á matar la pena!...

* Inédita de D. Julian Romea.

* Véase el número correspondiente al 15 de julio del presente año.

—Y cómo quieres que esté, si se me llevan el alma!...
 —¡Dios nos unirá, hija mía, Dios nos unirá!...
 —¡Y tu padre y tu pobre madre?... preguntó María sollozando.
 —¡Calcula por tí, vida mía!... ¡Los dejo solos, completamente solos!... ¡Ya son viejos!... Cuando cumpla... ¡los volveré a ver?... ¡Y tú, María... te olvidarás de tu Manolo! Dicen que los ausentes se parecen á los muertos y

¡Ay! ¡Desgraciado de aquel
 Que pone su cara en tierra,
 Que el que queda por acá,
 Tarde ó temprano se alegra!...

—Manuel, quieres que además de las penas que la suerte me proporciona, sienta las que me den tus ingratitudes?

—¡Por qué? repuso Manolo.
 —¡Por qué? ¡No ves que dudas de mí! ¡No ves que crees que puedo olvidarte!
 —¡María, perdona, no sé lo que me digo!...

¡No pienses, dueño querido,
 Que yo te pueda olvidar,
 Lo que en mi pecho se encierra
 Mis obras te lo dirán!

—¡Lo sé ángel mio, lo sé!... La pena me hace hablar desatinos, repuso Manuel, y después de una breve pausa continuó diciendo: Mira, corazón mio, despídeme de tu madre mañana; yo he querido venir esta tarde, pero me ha sido imposible. Al ser de día nos vamos y no quiero ver ahora á nadie más que á tí. Necesito estar á tu lado, y no pensar en nada más que en tí, durante los pocos momentos que me quedan de estar en el pueblo que me vio nacer y que quizá no me verá morir!

—Mira que mi madre va á sentir no verte... durmiendo está, pero la llamaré.
 —No, déjala, déjala; ni digas nada al tío Pedro... despídeme de ellos... no quiero ver á nadie, ¡á nadie más que á tí!

María quiso hablar, pero Manolo no se lo permitió, diciéndola.

—Te lo pido por tu cariño! y luego continuó: Acuérdate mucho de mí, y cuando lleguen las seis de la tarde y no veas llegar á tu pobre Manuel, deja escapar un suspiro, que los vientecillos de la tarde harán llegar á mí, á cambio de otro que te traerán de mi parte.

—Cuando llegue la noche y te asomes á esta ventana, y tampoco me veas llegar, fija tus ojitos en el cielo, que yo le estaré también mirando y te enviaré desde donde me halle, envuelto en una lágrima, todo el cariño de mi corazón!

—Manolo de mi alma, repuso María, y no te veré más, y pasarán las horas, y los días, y los meses, y los años, y no te podré decir cuánto te quiero y no te podré ver!... ¡Y, sin embargo, te esperaré todos los días, y lloraré como ahora, cuando vea que te espero en balde!... ¡No me olvidas!... ¡Tú vas á correr el mundo; en él encontrarás mujeres más bonitas que yo, más buenas también, pero ninguna te querrá como yo te quiero!... ¡No me dejes por ellas, porque me matarías!... ¡Tengo fé en tu cariño; yo te esperaré hasta que vuelvas!... ¡Y si después hubieras cambiado y no quisieras ya á tu pobre María... me quedaré sola en el mundo, porque tuya ó de nadie!... ¡Te lo juro por la vida de mi madre!... Por estas lágrimas que vierto, acuérdate siempre de lo que te estoy diciendo... Manuel de mi corazón!

¡Mañana al rayar el día
 Ya estarás lejos de aquí,
 Mi vida, sólo te pido
 Que no te olvides de mí! *

—No tengas cuidado María, respondió Manolo,

¡Por más que de tí me aparten
 Más y más te he de querer,
 Que es mi corazón diamante
 Que no han de poder romper!

Poco á poco iba apagando la luna sus opacos resplandores, al mismo tiempo que la aurora esparcía en torno suyo anchas cintas de luciente plata y de encendida rosa.

Los dos amantes apenas se habían apercibido aún de la proximidad del nuevo día, cuando oyeron el metálico son de una corneta.

El momento fatal había llegado.

Manuel extendió sus brazos y recogió en ellos á la pobre María que apenas el dolor la hacía comprender su pena.

—¡Adios, María de mi alma! dijo Manuel, á quien las lágrimas le ahogaban.

—¡Manolo! ¡Manolo! balbuceó María, y desasida de

* De C. C.

los brazos de Manuel cayó de rodillas al pié de la ventana sin poder articular más palabra.

Manuel ocultó la cara entre sus manos y echó á correr; al llegar al final de la loma en que se hallaba la casa, volvió la cabeza y vió á María, que le enviaba su postrer saludo.

Manolo desapareció por completo, y la infeliz María, alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Virgen mía, que no me olvide!

El tío Pedro, al oír los sollozos de la pobre niña, levantóse renegando por haberse dormido, pues se había echado sin desnudarse, con objeto de haberse levantado al sentir á Manuel; pero el cansancio y las emociones del día anterior habían truncado sus propósitos.

Interrogó á María al verla tan acongojada y no pudo obtener de ella más que esta lacónica respuesta:

—¡Se vá! ¡Se vá!...

Antonia, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, oyó llorar á su hija, que ya no podía reprimirse, y acudió á consolarla.

María da un grito de pronto, unas voces habían llegado á sus oídos, se dirige corriendo á la ventana, y un grupo de hombres atravesaba el camino real.

Antonia se acerca á su hija para interrogarla, mira por la ventana y ve el mismo grupo de hombres que se alejaban. Se fija un poco y oyó que aquellos hombres cantaban.

¡Dicen que la golondrina
 Pasó la mar en un vuelo,
 Así la pasaré yo
 Cuando cumpla, sino muero!

Antonia llama á su hija, pero ella, fija la vista en el horizonte, seguía aquellos hombres que se iban perdiendo de vista poco á poco.

Por fin desaparecieron por completo.

María se arrojó en brazos de su madre, y el sol, mostrándose entonces vivo y esplendoroso, alumbró el primer día de amargura que sintió el corazón de aquella inocente niña!

X.

—¡Adónde vas tan deprisa? le preguntó Pepe á Carmen una mañana, al verla atravesar la calle Mayor.

—¡Hola, eres tú! ¡Yo creía que te habías muerto!... contestó aquella.

—Pues ya ves que no, repuso Pepe.

—¡Ni tampoco te has ido con los quintos que se fueron antes de ayer?

—¡Como que no he caído soldado!

—Aunque hubieras salido quinto lo mismo hubiera sido. Para lo que te importa.

—¡Cómo que no me importaba? repuso Pepe.

—¡Pues claro!... A no ser que te hayas vuelto *carroño*, replicó Carmen.

—Yo no me he vuelto nada, dijo Pepe... amostazado del despego de Carmencilla.

—¡Qué son ocho mil reales para un hombre como tú, que tiene más dinero que pesa? añadió aquella. Pero tú como buen bribon, tienes suerte; sí, sí, continuó Carmela. Te llamo bribon porque puedo... Pero ya hablaremos de eso.

—¡Y por qué no ahora? repuso Pepe.

—Porque voy á la botica por unas drogas que le ha mandado el cirujano á mi madre.

—¡Pues qué tiene? preguntó aquel con interés.

—Nada, que le ha dado un soponcio de resultas de una reyerta que tuvo anoche con mi padre, y se ha quedado algo cariacontecida.

—¡Y cuándo vamos á tratar de aquello? replicó Pepe, que vió el cielo abierto al conocer que Carmen estaba un poco más humana.

Á la noche, contestó aquella, y despidiéndose de su pretendiente pasado con honores de futuro, fué á la botica por las susodichas drogas para su madre.

Poco tiempo después de haber hablado Carmen con Pepe, llegaba á su casa con los medicamentos que le habían recetado á su madre, donde se encontró con Antonia, que á la cabecera de la cama de Petra trataba de consolarla con cariñosas razones.

Lo mismo fué ver Carmen á Antonia, púsose como una grana, y dejando los tarretes sobre una mesa que en la alcoba había, salió casi sin hablar una sola palabra.

La antipatía de Carmen hacia Antonia y su hija había llegado á su colmo.

La envidia hace los peores enemigos.

Comprendió Antonia que Carmen debía tener algun resentimiento con ella, y queriéndose informar le dijo á Petra:

—¡Has visto qué modo de hablarme tiene tu hija? ¡Sabes si tiene algun enfado con María ó conmigo?

—No, Antonia, replicó la interperlada, mi hija no

tiene resentimientos hacia ninguna de vosotras. ¡Lo que tiene es envidia!

—¡Envidia!... ¿Y de qué?

—¡De todo!

—¡No lo entiendo! contestó Antonia.

—¡Hay personas, añadió Petra, que no pueden resistir á los que valen más que ellos! Cuando el alma es muy pequeña, desecha los sentimientos nobles y sólo da cabida á las pasiones más bajas y groseras. ¡Carmen no es buena y no puede querer á las que, como tú y tu hija, lo son!

Y la desventurada Petra se echó á llorar sin consuelo. No hay nada más triste para una madre, que verse obligada á confesar las faltas de sus hijos...

Antonia trató de serenarla lo mejor que supo, hablándole de mil cosas diferentes, separando la conversacion de su familia, origen de todos sus pesares y tristezas.

Así que estuvo Petra un poco más tranquila despidióse Antonia de ella, ofreciéndola volver aquella misma tarde para hacerla compañía hasta el anochecer.

XI.

Desde el día que Manolo salió de su pueblo, no había tenido nadie noticias de él.

María estaba sumamente triste, y de resultas al tío Pedro le traían hecho un azacan.

Apénas pasaban dos horas sin que el viejo fuera á casa de los futuros suegros de María, á pedir noticias del muchacho; pero inútilmente.

Al cabo de quince días recibieron, por fin, los padres de Manolo una carta, escrita por un compañero de su hijo, en la cual les decía que el chico se hallaba en Madrid gravemente enfermo.

El efecto que esta malhadada nueva causó á María, se comprenderá fácilmente recordando lo que esta pobre niña amaba al muchacho.

Dicho compañero se ofreció también á escribirles dándoles razon de Manolo mientras él no estuviera en disposicion de hacerlo por sí propio.

Todos aguardaban con ansiedad la segunda misiva del compañero de Manuel, y si malas noticias encontraron en la primera, aún fueron peores las que leyeron en la segunda. Manolo se había agravado hasta el punto de que los médicos no daban ya muchas seguridades sobre su vida.

Para abreviar, pocos días después se supo que Manuel estaba sacramentado y que probablemente cuando recibieran aquella carta habría dejado de existir.

Esto hizo tal impresion á María que estuvo unos días como loca, cayendo después en una postracion tal, que puso en mucho cuidado al tío Pedro y á Antonia.

Todo indicaba claramente que Manolo debiera haber fallecido, tanto más, cuanto que no volvieron á tener razon alguna de él, y este silencio se interpretaba como precursor de la desgraciada noticia de su muerte.

(Se continuará.)

SOLUCION

AL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Las novelas entretienen.

ADVERTENCIA.

Con el número próximo repartiremos á nuestros suscritores el índice, la portada y cubierta que han de servir para encuadernar el tomo correspondiente al año de 1871.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CURA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	85 »
Medio año.	42 »	Un año.	160 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Seis meses.	56 »	Cada número suelto	
Un año.	100 »	en Madrid.	4 »



—Mira, Nicostrato, yo no sé si esto es immanente ó trascendental; lo que mis hijos y yo sabemos, es que hoy has de comprar el pavo.



—Vamos a comprar ese individuo de la familia de las gallináceas, Restituta, y sea esta la postrera debilidad indigna de un filósofo. Veo con dolor que el positivismo de Augusto Conte y de Littré hace estragos en tu razon, y que olvidas á Krause.



—Aristóteles, Aristóteles, hijo mio; llama á ese inconsciente mercader de aves. ¡Ay! ¡Qué hijo, Restituta! No ve, como el animal descrito por Ahrens, más que lo individual, lo particular en las cosas, lo que cae bajo los sentidos. Jamas será krausista.



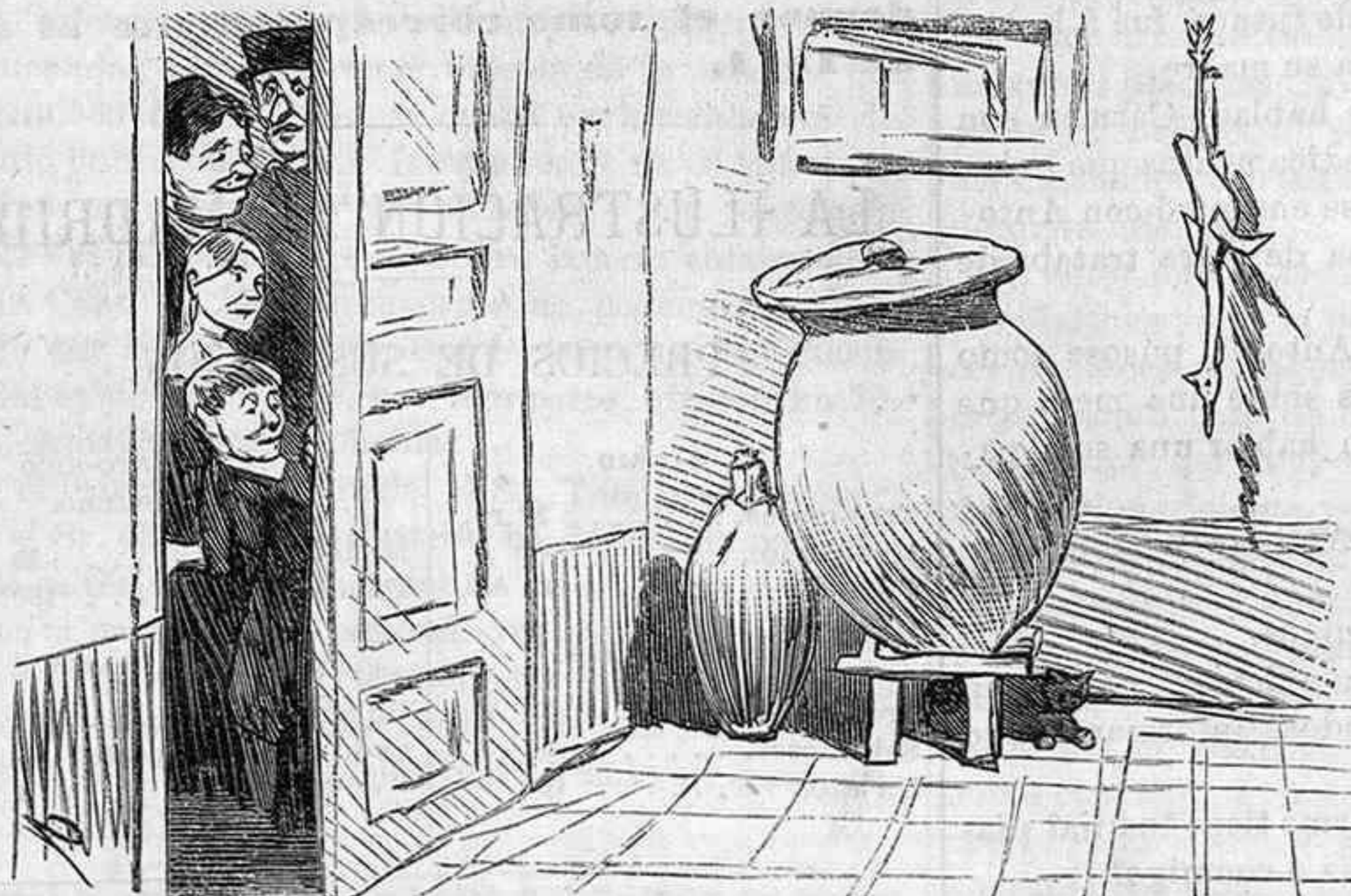
—¡Tres duros! Hombre, á Vd. le falta el poder de reflexionar las ideas, el pensamiento puro. ¿Ha leído Vd. la Critica de la razon [pura]?



—¡Mamá! ¡Qué atracon me voy á dar con este fenómeno psiquico, como llama papá al pavo!



—¡Puro espíritu! La distincion entre el alma del animal y la del hombre, es meramente accidental. (GLEISBERG.)



—Nicostrato; hay ejemplares de la raza felina, dotados de una percepcion exquisita. El gato es esencialmente individualista. ¿Sabes cuál es su objetivo?



—¡El pavo, Restituta, el pavo! Fichte lo ha dicho: Nada falta al animal, con ser psiquico, de cuanto necesita para su peculiaridad característica; antes al contrario, alcanza la misma perfectibilidad que el hombre.